

Estación Solitaria y 20 cuentos más

Juan Guerrero Zorilla



COLECCIÓN NUEVO SIGLO

Estación Solitaria y 20 cuentos más



Tamaulipas

GOBIERNO DEL ESTADO

Estación Solitaria y 20 cuentos más

© Juan Guerrero Zorrilla

Primera Edición 2012

ISBN: 978-607-8222-03-2

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfonos: (01-834) 1534312 Ext. 128

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

**Estación Solitaria
y 20 cuentos más**

Juan Guerrero Zorrilla

Para el Gobierno del Estado, brindar un acceso total a las expresiones artísticas como parte de una estrategia de desarrollo cultural integral para todos los segmentos de nuestra población, es una de sus más relevantes prioridades.

La escritura, en todas sus variantes, es una de las formas creativas que nos acercan, nos identifican y nos reafirman como tamaulipecos y mexicanos. La voz de nuestros escritores es también, la voz de nuestras comunidades.

La literatura en particular, recrea la fuerza de las acciones en la palabra. Es reflejo, testimonio, búsqueda, oficio e imaginación.

Para alcanzar el Tamaulipas que todos queremos, acercamos la obra de nuestros autores a nuestra gente. Nuestra labor editorial es parte de esa estrategia y del esfuerzo colectivo por construir, desde la cultura, un Tamaulipas fuerte para todos.

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del
Estado de Tamaulipas

El Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, busca vincular la experiencia literaria para que, a través de la lectura, se lleve a cabo el encuentro entre los autores y sus lectores.

Es mediante la labor editorial que preservamos la esencia literaria de nuestra tierra, fuente inagotable de inspiración para las generaciones que han dejado y siguen dejando su huella en la construcción de Tamaulipas.

Para abrir más opciones de acceso incluyente al arte y a las expresiones del quehacer de nuestros creadores, dejamos registro en los libros que presentamos a la sociedad tamaulipeca para su amplia difusión y goce.

Este registro, estos textos, celebran una forma de ver el mundo y una imaginación plena de vivencias y originalidades. Esto enriquece la experiencia de la que surge y en la cual enraiza su porvenir sembrado de positivos presagios. Su variedad, producto del mosaico multicultural del presente tamaulipeco, es orgullo de una diversidad cuyo signo de identidad es la confianza en el poder articulador de la palabra para continuar construyendo un estado fuerte desde la cultura.

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

3.2 g

Joaquín y Guillermo, tenían ya varios años trabajando en la búsqueda del cinturón antigравitacional, acostumbraban empezar sus labores un par de horas antes del oscurecer.

Una tarde, llegó Joaquín feliz al laboratorio y dijo a su amigo.

—Creo que ya tengo la solución, anoche tuve un sueño revelador.

Se puso a trabajar con entusiasmo en el nuevo proyecto, días después confesaba a Guillermo, el cual había estado fuera de la ciudad.

—Mi sueño no dio los resultados esperados, pero he encontrado algo insólito. Lo he repetido más de treinta veces y siempre con el mismo efecto. Quiero que veas esto. Algo simplísimo, pero te juro que no hay truco.

Su amigo con un ademán indicó que procediera al experimento. En una mesa de trabajo de cuatro por dos metros, había una “jaula” abierta en ambos extremos.

—Hice este campo de fuerza, voy a colocar aquí estas básculas bastante precisas, una funciona con resortes y la otra a base de contrapesos. Ambas indican ceros, como puedes ver. Inocentemente pensaba que un objeto en medio levitaría. Bien, fíjate lo que pasará.

Detenidamente observó que al aumentar la corriente era como si un peso invisible estuviera sobre las básculas, el cuadrante indi-

caba 200 gramos en ambas. Al suspender la energía, volvieron las básculas a cero. Guillermo dice:

—Si por medio de unos diodos, logras que viaje la corriente al revés, se podría invertir la gravedad.

—Ya lo hice. Pero es tan fuerte la atracción terrestre, que no incide en un cambio notable. Pensaba que de funcionar así, podríamos hacer una cámara de antigravidad, ¡imagínate cuántas personas quisieran entrar!, una multitud, sin necesidad de estar en un avión y que éste haga una maniobra en picada o subir a 90 kilómetros para sentir gravedad cero. Pero la realidad es otra.

Guillermo agrega:

—Creo que habría gente que les gustaría entrar a un sitio en que la gravedad fuera la de Júpiter; bueno, siempre que no afecte la salud.

—Interesante idea, intentaré hacer algo mucho más grande, será muy divertido entrar a un sitio en que haya tres o cuatro veces la gravedad terrestre, y sientas ese efecto sin estar en una montaña rusa, sillas voladoras u otro juego mecánico.

Bajo el cobertizo de un granero, en el rancho cercano de un amigo, Joaquín empezó la construcción. Después de tres meses, y un sinnúmero de pruebas, quedó listo el artefacto aumentador de gravedad, un túnel de 20 metros de largo, 2 metros de ancho y una altura de 2.50 metros. La fauna de la granja formaría parte de los ensayos: gallos, gallinas, perros, borregos, un caballo y una tortuga terrestre; para facilitar el manejo, los animales habían entrado varias veces al túnel sin activar el campo de fuerza, eran premiados al final con alimentos.

Llegó el día de la prueba. Empezaba en 1 g (gravedad normal de la atracción terrestre), para gradualmente ir aumentando conforme se avanza hacia la salida. Las aves eran las primeras en ser afectadas, antes de llegar a la gravedad de Júpiter (2.65 g) se echaban. El caballo fue el campeón de los mamíferos, superado

únicamente por la tortuga, que aguantó sin problemas 3.2 g, que era la gravedad máxima posible en ese diseño.

Después de días de estar probando el acelerador de gravedad, y viendo que no causó ningún problema en los animales, el propio Joaquín entró al túnel. En los primeros metros, fue casi imperceptible el aumento, pasando los 10 metros el caminar era lento, el indicador de gravedad (colocados cada 2 metros) indicaba 2.5 g, su peso de 67 kilos aumentó a 167.5 kilos. Dio unos pasos más y lentamente tuvo que sentarse. Guillermo desconectó la energía, Joaquín se recuperó inmediatamente y expresó:

—No pude mantenerme en pie, era demasiado peso. En un juego mecánico va uno sentado y en algunos, por momentos sube hasta 4 g o más, pero por instantes; aquí es constante.

—Déjame probar ahora a mí.

Guillermo con un peso de 76 kilos, quiso superar la marca de su amigo, avanzó rápido, llegó al punto de 3 g. Pero ya con un peso de 228 kilos, dio un paso más y también tuvo que sentarse. Al suspender la corriente dijo:

—Fabuloso. Tengo una idea.

Tres meses después, en un local de la ciudad se acondicionó el túnel de la gravedad, con medidas similares al original. Ahora con una ligera pendiente hacia la salida, para evitar que alguien corriera y luego se lesionara con su mayor peso. Como precaución, se acolchonó el piso con un buen grosor, así como las paredes. El máximo posible era de 3.2 g, Joaquín pensaba aumentarlo hasta 5 g, pero eso implicaría un diseño más complicado y mayor consumo de energía. Fue desaconsejado por Guillermo al decirle:

—El costo sube al doble, además, ya con 5 g, la posibilidad de lesiones aumenta, una persona de 80 kilos aumentaría a 400, con una caída podría sufrir serias lesiones, aún con la protección del forro acolchonado.

Luego de muchas pruebas, se abrió el túnel al público. Afuera del local se colocó un anuncio atractivo, también se puso publicidad en la prensa y la radio. El precio era módico, semejante a los de un aparato mecánico en una feria.

En la pared, un instructivo indicaba las reglas. Cruzar el túnel en un tiempo de tres minutos. Si el participante, caía o se sentaba, cinco segundos después cesaba el efecto g, y salía. La entrada era sin zapatos y hasta un máximo de cinco personas (con intervalo entre ellas de 1 metro), dependiendo del número de clientes.

No había multitudes, pero la afluencia era constante en esa atracción. Al paso de los meses, desde ciudades lejanas venían a “caminar en Júpiter” y se instaló otro túnel para comodidad de los visitantes. El efecto era en verdad asombroso, sentía uno que lo jalaban al piso y conforme avanzaban aumentaba la gravedad.

Se veía muy fácil, pero luego de 10 metros a 2 g, pesaba uno lo doble, y de allí en adelante seguía aumentando el peso hasta llegar a 3.2 g. Un joven que pesara 60 kilos, al final pesaría 192 kilos. Muy pocos lograban cruzar el túnel. Los que lo hacían, pasaban a una lista de honor que se exhibía; en los que se encontraba a: levantadores de pesas, luchadores y soldados.

Joaquín y Guillermo recibieron una súper oferta para utilizar ese sistema en las estaciones espaciales, pero no podría operar allí, servía sólo a ras de la superficie. Su funcionamiento era un amplificador de la g terrestre, no generador de fuerza.

Después de años de inventar artefactos, por fin lograron hacer uno que les reportó muy buenas ganancias. Pronto pondrían una sucursal en otra ciudad, la demanda era mucha. Más de la mitad de los que entraban al aumentador de gravedad, regresaban antes del año.

Su esposa le decía a Joaquín:

—Hasta que hiciste algo útil para hacer dinero. Ya lo merecías. Cuántos fracasos. El deslizador sobre colchón de aire que

te falló en el lago, casi te ahogas. El dineral gastado junto con Guillermo en el platillo volador que levitaría con carga positiva de iones o no sé qué, según un artículo de *Mecánica Popular* y no se elevó ni un milímetro. La motoneta con giroscopio, que no tocaría el suelo en los semáforos y la conducirías con dignidad; hubo necesidad de usar dos motores, resultando muy cara, larga, pesada e impráctica. El motor de vapor revolucionario con un motor impresionante y las cajas de velocidades pasarían a la historia, y hoy está todo oxidado al lado de la motoneta giroscópica en el traspatio. La obsesión del cinturón antigravitacional, sacado de *Titanes Planetarios* y demás cómics...

Joaquín dijo:

— Por favor, suspende este castigo. Vámonos unas semanas de vacaciones a festejar el triunfo de caminar en Júpiter sin salir de la Tierra.

23 grados

En una reunión de jóvenes, luego de varios temas, Julio dijo:

—He pensado en un planeta que tuviera una inclinación de unos 23 grados en su eje conforme a su elíptica con el sol, y eso le permitiría tener diferentes periodos de clima en el año en casi todo el mundo. A diferencia de aquí que hay 1 grado y 27 minutos de inclinación, y los cambios de clima durante el año son mínimos.

Se hizo el silencio, luego de una pausa, un estudiante de medicina dijo:

—Ni digas eso, un lugar así sería terrible, imagínate la cantidad de enfermos que habría por esos cambios bruscos de temperatura, además de los fuertes vientos que ocasionaría.

A otro asistente le gustó la idea e hizo un comentario favorable.

Un joven serio y místico agregó:

—Dios es orden y amor, no podrá permitir un mundo así, fomentaría el caos. Suplico que no digan cosas contrarias a la naturaleza y a su Creador.

Con este comentario-regaño, se dio fin a ese tema.

Al salir, la novia le dice a Julio:

—Ya no digas las tonterías que se te ocurren y menos cuando vengas conmigo, hasta hiciste que se molestara el santurrón modelo.

—No te pongas en ese plan, ya ves que a mi amigo Juan le gustó ese tema.

—Bueno, ¿qué se podía esperar de él?, está medio desfasado.

—Bien, bien, en la próxima reunión hablaré de un infeliz en estado terminal y de algún problema psicológico sexual, para agradarte y que nadie se moleste.

Amor garantizado... de por vida

Hay acontecimientos que por lo agradable, insólito o diferentes son inolvidables, como fue el caso de un funeral. Trataré de ser lo más preciso al recordar las palabras escuchadas.

Un telefonazo me informó de la muerte del papá de Eva, excelente amiga. A sus padres apenas los conocía, al día siguiente a las 10:30 horas asistí al funeral, día nublado, fresco y amenazaba lluvia, algunas cien personas estábamos en el cementerio. Rostros afligidos de familiares y amigos. Bajaron el ataúd, un silencio total interrumpido de vez en cuando por el silbido del viento. La mamá de Eva, señora de 87 años, con andar firme se acercó al lado de la tumba y con voz clara dijo:

—Un día triste para mí, por muchos años he guardado un secreto que muy pocos saben, creo es hora de decirlo. Hace más de 60 años conocí a mi esposo, en aquel tiempo era bastante atractiva y más alta. Tenía pretendientes, entre ellos un joven muy rico y bien parecido que me buscaba con insistencia y claro, también el joven con el que me casé.

Poco a poco, sin tener yo ningún control, fue apareciendo en mí una facultad, al principio sentía terror, aunque después disminuyó el miedo pero nunca me acostumbré a las sorpresas. A veces al saludar a una persona, me venían a mi mente pasajes de su vida pasada, compañeros que en su vida anterior eran golpeadores de mujeres, viciosos o con problemas, lo que me

hacía huir de ellos. Había casos, como el del pretendiente muy rico, las veces que nos saludábamos venía a mí ese poder, no veía historia en su pasado solo un resplandor intenso, llegué a llamarle Nueva Edición. El tercer caso, no quisiera decirlo, por ser incorrectísimo desde el punto de vista religioso, político y social. Pero ya cerca del final de mi vida me obliga decir la verdad. Había casos en que cuando me llegaba esa facultad y lo saludaba no veía nada, aunque se repitiera el encuentro por diferentes días. Me daba terror; ¿sería un Pasu?, como en la tradición hindú. Un ser sin alma.

Por ser desde mi infancia católico, apostólico y romano practicante, rechazaba reencarnaciones, transmigración de las almas y cosas así. Por eso no comentaré nada sobre el caso. Estaba en un dilema en cuanto a la decisión de con cuál pretendiente quedarme. Aún indecisa, entre el joven “reciclado”, con pasado bueno y garantía de ser una persona seria, o el deslumbrante Nueva Edición, con un mundo de posibilidades ante él. Quería pensarlo bien, conocía ya varios fracasos matrimoniales y no quería eso para mi vida.

Una mañana me invitó a desayunar el joven con pasado. Sentados frente a frente en unos asientos tipo pullman. En ocasiones anteriores, al tomar su mano, venían a mi mente sucesos de su vida anterior, visiones de sus hijos y esposa, no podría precisar la fecha, llegaban por instantes, pero creo era en la Nueva España. Estiró su mano sobre la mesa y apenas rozó la mía, en ese instante fue como si me trasladara a otra época, pero a diferencia de su vida familiar, ahora era un muchacho que no llegaba a los 18 años. Retumbaban en mi cabeza gritos y a lo lejos las explosiones de los cañones, él se llamaba Rodrigo, por lo que escuchaba y veía era septiembre de 1847. Los últimos focos de resistencia organizada en la calzada San Cosme en la Ciudad de México, soldados que no habían huido con Santa Ana y comba-

tían duramente a los americanos. El parque se acabó, entre árboles y zaguanes, un puñado de valientes se defendían a bayoneta. Rodrigo hirió a un invasor y eliminó a otro, quedé paralizada al ver cómo agonizaba al ser alcanzado por las balas. Cayó boca abajo, respiraba con dificultad hasta que quedó inmóvil. La voz de mi pretendiente me preguntó si me sentía bien, me sacó de ese trance. Estaba ante un héroe. Le dije que por las desveladas y por un trabajo escolar me faltaba dormir. No quise fomentar la teoría de las reencarnaciones.

Luego de pensarlo detenidamente, opté por el “reciclado”, que demostró tener lealtad en su matrimonio y a la patria. Al Nueva Edición le perdí la pista al cambiarse de ciudad. Afortunadamente unos meses después perdí aquella facultad de ver pasados. Descansé.

Unos 30 años después de casados, al pasar por la calzada de San Cosme en un taxi, mi esposo de repente dijo: “¡Qué extraño!, siento que estuve aquí antes”. Le conté todo esa noche.

Ese poder me llegó en el momento adecuado y pude escoger un excelente marido. Así como hay productos de calidad con garantía de por vida, el destino me dio un amor garantizado de por vida, que lo traté con cariño y lealtad, siendo feliz a su lado. Ayer se fue para siempre, sus últimas palabras: “Voy a revisar la camioneta”. Vehículo de los años cincuenta que lo tenemos desde nuevo, diez minutos después sonaba el claxon en el garaje, fui a ver qué pasaba, él estaba recargado sobre el volante y activando la bocina.

Mis hijos, nietos, nueras y yernos, así como yo, damos las gracias por su asistencia.

Quedé impactado por aquella historia; como es costumbre, pasamos a darle el pésame a la viuda. Al estar frente a ella lo único que se me ocurrió fue decirle:

—La felicito por haber tenido un esposo así, la vida lo abandonó pero no el amor y la lealtad.

Luego de decir eso, la señora soltó el llanto. Hubo que sentarla en una silla y se suspendieron los pésames. Me sentí mal que por mi culpa pasara eso y me retiré en silencio y cabizbajo.

Dos semanas después me encontré a Eva, nos dimos un abrazo y dijo:

—Mamá dice que tú entendiste muy bien el mensaje que dio y te manda saludar.

Pensé: “Uf, ¡qué bueno!, creí que se había molestado”. Con la revelación del secreto familiar, le pregunté:

—¿Y tú, no heredaste algún poder de tu mamá o papá?

—Ninguno, no recuerdo nada de vidas anteriores, cuando mucho y muy de vez en cuando un “deja vu”, sin duda soy Nueva Edición, bueno, eso espero y no un Pasu.

Ataque desconocido

Estimado amigo, gracias por tus correos y telefonazos, todos estamos bien. Explicaré lo que viví y hasta dónde yo sé lo que pasó. No estuve a punto de morir en aquella noche fresca y sin luna, porque me acostaba temprano. Cuando empezó el problema ya estaba dormido, eran las 22:30 horas. Según se ha dicho, una niebla espesa cubrió una amplia zona, incluyendo la ciudad, el ligero viento la hizo avanzar lentamente de sur a norte.

El último recuerdo de ese fatídico día fue escuchar entre sueños la sirena de una ambulancia antes de medianoche. Me levanté a las 6:00 horas, al asomarme a la terraza vi (con la luz de la calle) a dos murciélagos sobre el piso, uno de ellos boca arriba, pensé: “de seguro tomaron algo venenoso”.

Luego de bañarme y desayunar, salí al patio. Mi perro que estaba enfermo y débil, había dormido sobre el piso del garaje, al verme se levantó con dificultad y me recibió con cariño. Le di su medicina dentro de un pan.

Al salir a la calle, aún entre penumbras, me di cuenta que algo anormal pasaba; tlacuaches, ratas, murciélagos, pájaros, un gato y un perro muertos en menos de dos cuadras, así como el ulular de las sirenas. Mi intención era ir al rancho situado a 15 kilómetros de distancia a llevar un bulto de sal para el ganado.

El tránsito era poco, al entrar a una avenida, como en una película de terror, me tocó ver gente tirada en las banquetas, po-

licías en el suelo al lado de las patrullas, al parecer muertos. ¿Cuánta gente habría así en la ciudad? Ayudaban ambulancias militares, aunque no eran suficientes, me tocó observar un camión militar subiendo los cuerpos de varios policías. Más adelante no se podía avanzar, aún había vehículos que tapaban la avenida, volví a casa por una calle de poco tránsito y terrenos baldíos, impresionaba ver el número de ratas y tlacuaches muertos en el pavimento. Al entrar a casa mi esposa dijo:

—¿Ya volviste?, pero si acabas de salir.

Le expliqué brevemente lo que vi. Hablé al rancho, el encargado me dijo:

—Algo muy extraño pasó, se murieron los tres perros, al igual que coyotes, un jabalí, ardillas, murciélagos, pájaros; las gallinas están bien. El ganado se nota débil, sus movimientos son lentos, pero están vivos todos. ¿Qué pasó?

Le contesté:

—Ni idea, aquí está peor, hay gente muerta y animales también.

Horas más tarde por televisión nos enteramos que 40 kilómetros a la redonda había pasado ese fenómeno. El día estaba sin nubes, el sol calentaba fuerte, antes del mediodía un olor desagradable invadía la ciudad de tanto animal muerto.

Ha pasado ya un mes y aún no hay una cifra exacta de las personas fallecidas, pero todos los que aquel jueves estuvieron de 10:30 horas a las 2:00 horas del viernes a la intemperie en esa zona fallecieron, incluyendo animales. Muerte más o menos rápida. Personas que salieron del cine o restaurantes, muchas no llegaron a sus automóviles. Causando víctimas también en trabajadores nocturnos que salían o llegaban a su turno; y vagabundos y malhechores.

Ahora se ha reconstruido cómo empezó y terminó ese extraño fenómeno. Las primeras víctimas fueron en el extremo Sur

de la ciudad; se reportaron varias personas caídas en una calle, los vecinos que iban a auxiliar les acontecía lo mismo; hablaron a emergencias, a una patrulla y una ambulancia. No regresaron; era una calle en la que únicamente los que viven allí transitan. Pronto fue olvidada esa emergencia ante lo que vendría.

Se ha deducido que el caos empezó con motociclistas en avenidas principales que al sentirse muy mal paraban y caían sobre el pavimento. Automovilistas al pasar llamaban a emergencias, algunos bajaban a ayudar y morían en menos de un minuto, al llegar la Cruz Roja y la Policía a prestar servicio pasaba lo mismo, en menos de media hora no había ya ambulancias ni patrullas, la mayoría estaba obstruyendo el tránsito con el motor prendido y sus tripulantes sobre la calle. Luego siguieron los bomberos y vehículos de protección civil. A la 1:30 horas auxiliaron los militares; en la parte sur ya había pasado el mal, en la norte, morían. Ya para las 2:00 horas, se retiró esa neblina fatal.

Prácticamente la ciudad volvió a vivir al entrar el siguiente turno de paramédicos y patrulleros. Al salir el sol, vehículos con altavoces aconsejaban a la ciudadanía a quedarse en casa. Se suspendió casi la totalidad del comercio y toda actividad educativa. Hasta media mañana los soldados patrullaban con fusil en mano, pero el enemigo era diferente y al sospecharse que fue gas venenoso o virus, terminó esa práctica.

Hubo intentos de cuarentena, pero no fue viable, pasaron autobuses y vehículos por la ciudad sin hacer escala y no les pasó nada, todo indicaba que es algo que había en la niebla y al tener contacto con la piel causaba el mal.

En cuanto a la versión del avión que cayó en la sierra y llevaba un cargamento químico, son mentiras; sí, si hubo un accidente de una avioneta pequeña de dos pasajeros, una semana antes, pero más al norte de la ciudad y no llevaba nada especial.

El misterio del porqué no murió el ganado en los ranchos, se explica en los animales del zoológico, los que tenían oportunidad de salir a espacios abiertos y eran pequeños, murieron; los de un peso mayor de 150 kilos, sufrieron molestias, pero se recuperaron. Las aves de corral o pájaros diurnos que estaban bajo techo o árboles frondosos, sobrevivieron.

Ha pasado ya un mes de ese desastre, casi no hay negocios abiertos pasadas las 22:00 horas, pocos se atreven a salir. En el campo se extraña el canto de muchos pájaros. En varios kilómetros a la redonda desaparecieron: insectos, conejos, coyotes, tigrillos, tlacuaches y muchos más. Sobrevivieron tortugas y una que otra víbora, de seguro las que habían comido bien y dormían esa fatídica noche.

Se calcula que la fauna se recupere en unos 3 años, de la serranía y llanos adyacentes volverán. Aunque el terror en las personas sigue vivo. Hace dos días amaneció una amplia zona con espesa neblina, hasta que se disipó un par de horas después; la gente se atrevió a salir, entre ellos yo.

Me despido, un abrazo, que estés bien.

Delirium Tremens

Susana, amiga de muchos años, llegó a verme y dijo:

—Estoy trabajando fuera, hace días mi mamá habló para informarme que su hermano, el tío Ramiro con el cual siempre hemos estado muy ligados estaba grave. En cuanto pude vine a verlo, desgraciadamente ya no lo encontré vivo, ahora mi hermano quiere... bueno, mi tío me dejó esta carta, quisiera que la leas.

—Lo siento mucho, era muy agradable tu tío.

Escrita a mano con letra de imprenta y muy legible decía: “Querida Susana: Sufrí un percance grave en Arroyo Frío, fui atacado por una criatura extraña, ha eliminado dos perros míos, además de haber exterminado varias ovejas. Soy muy cuidadoso y no salgo después de oscurecer, pero ese día a las nueve de la noche, escuché un aullido lastimero, era mi perro. Estaba en pijama, salí cubierto con una frazada, pistola en mano y una potente lámpara de tres baterías. El aullido quejumbroso se oía ahora lejos, intentaba enfocar el haz de luz, cuando fui atrapado de las costillas por unas garras y levantado del suelo, cuando me repuse de la sorpresa, en forma instintiva intenté disparar el revólver hacia arriba, pero en ese momento me soltó, aún no sé si era mucho peso para la criatura, con el forcejeo me arrancó la frazada. Caí sobre unas rocas, pegándome fuertemente en las costillas y luego en la cabeza. Creo que al rebotar, perdí el conocimiento. Entré a la casa a las 3:00 horas temblando de frío. A media mañana salí al hospital condu-

ciendo la camioneta, a duras penas llegué. Más tarde tu mamá me llevó a su casa a que me repusiera. Me siento muy mal, si muero el rancho será de ustedes, pero si van cuidense y nunca, nunca salgan de noche. Te quiero, Ramiro.”

Dije:

— Pobre hombre, qué monstruo desconocido lo atacó. Un cóndor, águila o albatros, no pueden levantar ni pocos centímetros a una persona adulta, sin duda fue un animal muy grande. ¿Cuánto pesaba tu tío?

—Unos 78 kilos.

La plática fue interrumpida por su mamá.

—Ya no digan fantasías, nadie en los alrededores ha visto un Pterodáctilo. Las dos veces que fuimos a ver a mi hermano, lo encontré en estado inconveniente, me da pena decirlo frente a Arturo, pero creo que él sufría de Delirium Tremens.

—¿Y los investigadores de la Universidad que desaparecieron buscando al monstruo?

— ¡Ay hija!, tu hermano averiguó sobre eso, resulta que nada más uno tenía un trabajo en la Universidad, ambos criptozoólogos eran famosos por las borracheras que organizaban, además congeniaron muy bien con tu tío. Imagínate andar así por esos desfiladeros...

Su hermano Agustín, de la misma edad que yo (30 años) y ella, deseaban ir a Arroyo Frío, me pidió que los acompañara, acepté con gusto. No era muy lejos, 30 kilómetros de carretera y luego 10 km entre la serranía. El plan era salir a las 7:00 horas y pasar la noche allá, claro, en caso que estuviera el lugar apropiado para quedarnos. Hacía más de un año que ellos no iban, si estaba aquello abandonado nos regresaríamos.

Antes de las 7:00 horas pasaron por mí, Susana es muy bonita y lucía radiante ese día.

Al entrar en el camino secundario, hay dos ranchos por los cuales hay que cruzar. La pregunta obligada a las personas que vimos era si habían visto un inmenso pájaro; luego de vernos con extrañeza, contestaban que no. Preguntamos por don Lupito, amigo de Ramiro, pero no estaba, un nieto lo había llevado con el doctor. Cuatro kilómetros después, soledad, el camino es casi todo de subida y empedrado donde daba brincos la camioneta, en el que se cruzan muchos arroyos, la mayoría secos por el gran declive; me dijo Agustín que si cayera un fuerte aguacero, se interrumpiría el paso por varias horas; unas ramas que había arrasado la corriente hizo detenernos, bloqueaba el cruce de un arroyo; mientras nos bajábamos a quitarlas pudimos observar conejos, dos armadillos, una ardilla y dos coyotes, además de muchos pájaros; comentábamos que si existiera ese monstruo, fácilmente se podría alimentar con esos animales.

Antes de las 10:00 horas estábamos en Arroyo Frío, situado en una planicie de más de 150 metros de largo por 80 metros de ancho, con ligera pendiente hacia el Este. Grata impresión me causó la casa pintada de blanco y rosa, y a unos 20 metros al Norte se encontraba la torre con el papalote (molino de viento para sacar agua). Agustín dijo:

—Aquí sopla fuerte el viento (nos señaló hacia el Norte y el Sur, estábamos entre dos sierras), se encañona el aire y hay que frenar el papalote para que no se dañe. Mi tío estaba pendiente de eso, en la tarde lo enfrenaba para evitar salir a medianoche o de madrugada.

El lugar era muy agradable, pronto supe el porqué del nombre, metí las manos en el arroyo, estaba helado. Todo el techo de la casa es una terraza cubierta por malla ciclónica que descansa en tubos y ángulos metálicos firmemente colocados, allí están dos tanques de agua de 1000 litros cada uno, así como unos paneles solares que producen electricidad y otro sistema que calienta el

agua fría, suficiente para bañarse cómodamente siempre que haya sol; además un horno a base de energía solar, el refrigerador funciona con gas. Don Ramiro se quedaba meses sin ir a la ciudad, me dicen que jugaba a una *invernada en los hielos*, como si estuviera en un barco. Su hermana decía que era producto de haber leído todas las obras de Julio Verne y claro, así podía tomar alcohol a discreción.

Decidimos pasar la noche allí, Agustín llevó el vehículo al garaje, situado a 30 metros de la casa, dijo:

—Mi tío duraba aquí de dos a tres meses. Así no tenía problema para encender su camioneta de cambios manual, hay declive en los próximos 3 kilómetros.

Basados en la carta y en conversaciones de don Ramiro con Agustín, tratamos de recrear el lugar donde lo atrapó la criatura, posiblemente unos 15 metros antes del camino hacia el papalote; lo izó y menos de 10 metros después lo soltó; como dijo, había piedras y aún estaba la linterna y partes del vidrio roto. Susana con unos binoculares observaba la supuesta ruta que debió seguir la criatura, caminamos en esa dirección, ella se detuvo y comentó:

—¿De qué color era la frazada?

—Azul, me dijo el tío.

—Hay algo de ese color sobre aquel árbol.

A más de 80 metros de distancia, donde se espesaba el bosque y a 7 metros de altura estaba la frazada. Nos dio mucho trabajo bajarlo, hubo necesidad de ir por una escalera y un machete, ayudados por una vara lo logramos. Estaba rota. Agustín agregó:

—Si es parte de una broma, lo hicieron muy bien, solamente con un globo de gas o una cometa, con viento adecuado y paciencia es posible poner allí la frazada, no hay ninguna rama dañada por causa de una escalera.

—¿Broma?, ¿de quién? —dijo Susana.

Decidimos pasar la noche allí, la casa cuenta con dos recámaras, una la ocupó ella, hay un baño completo y otro medio baño. Luego de cenar fuimos a la terraza, era nuestro punto de observación. Pasadas las 22:00 horas empezó un fuerte viento, (ya el molino lo habíamos dejado enfrenado), dije:

—Tengo una duda, un cóndor tiene hasta 3 metros de envergadura y pesa 20 kilos. Una criatura que pueda levantar a un hombre, creo yo debería tener más de 6 metros de ancho sus alas.

Comentó Agustín.

—Un verdadero monstruo.

Al día siguiente después de comer unos sándwiches volvimos. Planeamos regresar a investigar el misterio de la criatura. Susana habló:

—Con esto fue suficiente para mí. No vuelvo, así se aparezca juntos el Sasquatch, Pájaro Dodo y el Tigre de Tasmania.

Pasé el sábado temprano en mi vagoneta por Agustín. Sin dificultades llegamos a Arroyo Frío. Comimos en la casa, estaba fuerte el sol, el horno solar calentó de maravilla.

Era el atardecer, aún había algo de luz, estábamos en la terraza observando la planicie, calma total, nada de viento. A 100 metros observábamos un grupo de seis jabalís; con rapidez asombrosa un animal que iba volando de Norte a Sur disminuyó su velocidad, bajó y tomó uno, sin gran dificultad emprendió el vuelo siguiendo la misma trayectoria. Por verlo de perfil no pudimos apreciar su envergadura, pero creemos que era enorme. Quedamos impactados.

Al día siguiente Agustín y yo fabricamos dos lanzas de 1.70 metros de largo hechas de varas duras. Luego del desayuno, optamos ir al filo de la sierra, llevamos cantimploras y tortas. Deseábamos ver si los criptozoólogos siguieron esa ruta. Un grupo de rescate los habían buscado por tres días en otro rumbo. A la

hora de caminar, descubrimos rastro de una bolsa y una botella de tequila, se veían recientes.

Caminamos hora y media más, hasta llegar a un sendero por el filo de la sierra, con los binoculares revisamos hacia el Oeste, a lo lejos más sierra, árboles grandes, desfiladeros. Optamos seguir por el sendero, ayudándonos con las lanzas, aún se veían rastros de ramas donde se usó el machete, y más restos de botellas de aguardiente. Seguimos por la sierra, despacio y con cuidado, nos sorprendimos al encontrar sogas y equipo de escalador, más adelante descubrimos unos binoculares en su estuche de plástico, éste se veía tostado por el sol y empolvado, pensamos que tal vez eran de los criptozoólogos; metros más adelante, el sendero se cerraba, ya no había señales de que hubieran pasado por allí. Por más que tratamos de ver abajo, en ambas direcciones, la maleza y arboleda lo impedían, la pendiente era muy fuerte, el fondo estaba a 800 o más metros, nos regresamos a la casa. Dejamos el equipo de escalar y únicamente nos trajimos los binoculares. Llegamos a una conclusión: deben de haber tenido un accidente.

El regreso fue con mucha precaución, constantemente mirábamos el cielo, sobre todo cuando caminábamos por la sierra. Comimos a las 17:00 horas a la sombra de un árbol en Arroyo Frío.

Hasta el oscurecer estuvimos observando con los binoculares por si aparecía la criatura, no llegó.

Al día siguiente de vuelta a la ciudad.

Acompañé a Agustín a la casa del criptozoólogo, nos recibió su hermano, joven de unos 15 años, preguntamos si aquél tenía unos binoculares. Nos describió el color (verde) y la marca. Al mostrárselos inmediatamente dijo que eran los de su hermano. Nos mostró sus iniciales marcadas en un lado. Le entregamos los binoculares, diciéndole dónde los encontramos.

Agustín y yo tomamos la determinación de cada quince días pasar una noche en Arroyo Frío, raramente fallamos.

Una mañana al ir y cruzar el segundo rancho, nos esperaba un hombre de edad. Era don Lupito, Agustín lo conocía.

Nos detuvimos a platicar. Hombre simpático, estaba al tanto de las circunstancias de la muerte de su amigo don Ramiro. Nos dijo:

—Hace unos días al oscurecer, vi al Pterodáctilo cerca, levantó a un perro, pasó entre dos árboles casi rozándolos, medí la distancia entre ellos, 7.60 metros.

Agustín habló:

—Nosotros creímos verlo al oscurecer, a unos 100 metros de distancia.

Don Lupito agregó:

—Cuando niño escuché a mi padre contar de esa criatura, mitad pájaro, mitad murciélago, que aparecía cada 30 años, duraba una temporada y luego se iba. En aquel tiempo éramos los únicos habitantes por este rumbo, nadie creyó esa historia; cuando tenía algo más de 30 años lo pude observar volando entre la sierra. Al cumplir 61 años, como regalo me tocó verlo con claridad a unos 10 metros de distancia, era de color gris, estaba parado al borde de un precipicio, me asusté mucho y me escondí acostándome entre arbustos, quedé inmóvil por varios minutos, no me atrevía a verlo, salí cuando escuché el fuerte aleteo, se estaba alejando. Ya tienen varios meses apareciendo, mínimo dos, creo que pronto se irán, así ha pasado en ocasiones anteriores.

Dije:

—¿Cómo sabe que es un Pterodáctilo?

—Fui hace años a una biblioteca, consulte varios libros, no hay duda, ése es el animal.

Al volver a casa de Agustín éste le dijo a su mamá.

—Estuvimos platicando con don Lupito, amigo del tío, él lo ha visto varias veces, aseguró que es un Pterodáctilo de color gris. . .

Ella contestó:

—Pero cómo es posible que crean las historias de don Lupito, acaba de salir del hospital, estuvo grave, luego de un ataque de Delirium Tremens.

Post Scriptum

Vamos a Arroyo Frío de vez en cuando, nunca volvimos a ver a la criatura. ¿Aparecerá dentro de 30 años, cuando se vuelva abrir una grieta dimensional?, o era una historia de ebrios y nosotros influenciados que creímos verlo en la lejanía y era una águila que llevaba a un simple conejo .

Un grupo de rescatistas encontró los restos del dueño de los binoculares 700 metros abajo donde aparecieron éstos. Del otro criptozoólogo no hubo el menor rastro.

Desenamoramiento

Los chismes se propagan rápido, cuando llegué a casa a comer, mi mujer me informó:

—Un desastre, se canceló la boda de Luisa, el tipo que parecía tan decente, tenía otra mujer y dos hijos. Nuestra amiga, está deshecha, faltaban dos días para la boda y todo se acabó. A su papá le dio un desmayo, el pobre hombre hasta al hospital fue a dar.

Tomé esa misma tarde la determinación de ir a verla; sí, sabía que no era momento oportuno, tal vez ni me recibiera; pero era mi amiga desde la adolescencia, sentía la obligación de apoyarla en esos momentos.

Oprimí el timbre, me recibió su mamá, dijo:

—Ya te has de imaginar como está, no quiere ver a nadie. Pero le diré que estás aquí.

Momentos después llegaba Luisa, demacrada y triste. Me vio y soltó el llanto. La abracé, y lo único que pude decir fue: lo siento.

No quise prolongar la visita, ella había tomado un tranquilizante, tenía sueño y me despedí. Afligido me dirigí a casa, sin duda Luisa era una persona de gran sensibilidad, escribía y sus poemas eran bellos y delicados, sufría mucho en una situación como ésta.

La cena en la casa se desarrolló en un marco sombrío, mi esposa comentó:

—Enamorarse es a veces muy fácil, pero olvidar, por lo general es muy difícil.

—Pienso que es cosa de voluntad, con deseo de no pensar más en esa persona, se puede lograr.

— Si así fuera, casi nadie sufriese.

Una semana después, mi esposa y yo fuimos a un restaurante de comida china. Nuestra sorpresa fue mayúscula, cuando al entrar, en una mesa vemos a Luisa con una amiga platicando. Se veía feliz, llena de salud, sonriente y supercontenta. Nada más nos vio y se levantó, invitándonos a su mesa. Me agradeció mucho mi visita en uno de los momentos más difíciles de su vida. Nos contó el secreto de su recuperación, fue gracias a Irene, que la acompañaba, ella le presentó a una persona que tenía el don de desenamorar.

Al principio, Luisa no creyó eso, pero estaba tan triste y decepcionada, que ante la insistencia de su amiga, aceptó la propuesta. En dos sesiones, ella quedó lista. Únicamente por que la había visto antes, lo podía creer.

En otra ocasión, Luisa me comentó que la persona que la sanó se llama Fernando Montesino, un hombre serio que inspira confianza.

Intrigado le pregunté:

—¿En qué consistió el tratamiento?

—Simplemente me decía: “Sé que es doloroso, pero piense en su ex novio, recuerde todo sobre él, todo, todo”, y me tocaba levemente la mano. Y empecé a recordar mi romance con Eduardo. Me sentí mucho mejor al terminar la primera sesión. En la segunda consulta, el procedimiento fue similar; al salir de allí, había olvidado casi todo sobre él, y estaba totalmente desenamorada

y contenta. Fernando tiene el don de absorber los recuerdos, en forma tal que los elimina de la memoria de uno.

Meses después, una tarde al ir hablar a un teléfono público, se retiraba una joven. Apenas iba a introducir la tarjeta, cuando vi un monedero, lo tomé; ella iba unos pasos adelante y le hablé:

— Señorita, señorita, dejó su monedero en el teléfono.

Se detuvo, con encanto dio media vuelta. Su cabello castaño le llegaba a los hombros y ondulaba seductoramente, superando a las que anuncian champú en la televisión.

— Muchísimas gracias, es usted muy amable.

Quedé impactado por la belleza de aquella mujer de unos 30 años y con armonioso cuerpo, voz muy femenina, ojos café claro; platicamos unos momentos sobre la honradez. No supe su nombre.

La semana siguiente la encontré en una librería, de allí fuimos a un café y pasamos dos horas conversando; me dijo su nombre: Ivonne.

Días después, una mañana fui al supermercado, mi esposa me había hecho unos encargos. Tomaba una mayonesa del anaquel, cuando sentí dos agradables golpes en la espalda, casi al mismo tiempo unas manos me cubrían parte del rostro y tapaban mis ojos. El choque tan placentero, hizo que hasta oyera en mi mente un *tungnnn*, el eco de ese agradable sonido cesó, cuando una voz muy femenina decía:

—¿Adivina quién soy?

Inmediatamente supe quién era, pero la presión que siguió sobre mi espalda al tiempo que empujaba suavemente mi cara hacia atrás, hizo que en mi mente escuchara un *flop*, como si me oprimieran con dos cojines, y esto me impidió contestar rápido. Luego dije algo que me salió del alma, sin pensarlo.

— Eres la superfabulosa Ivonne.

Juntos hicimos nuestras compras, me dijo que me había extrañado, que era una suerte volverme a ver. La acompañé cargando sus compras hasta su automóvil, quedamos de vernos en el parque al día siguiente. Al despedirnos me dio un abrazo, su busto pegó en mi pecho, en tal forma que quedé sin habla, luego alcancé a decir:

— ¡Qué bien estás!

— Mido 93-60-89 y de altura 1.70 metros.

Y dije, sin pensar.

—¿En serio?

—¿Lo dudas?, el día que quieras me mides, para que veas que no digo mentiras.

Mi esposa tenía un negocio en sociedad con una amiga, este creció y abrieron sucursales en otra ciudad, por ese motivo viajaba con frecuencia. Aprovechando ese tiempo libre que tenía, salía con Ivonne; aunque había detallitos que no me agradaban; si la invitaba al cine en la tarde, luego me pedía que fuéramos a cenar a un restaurante de lujo.

Al paso de los días estaba enamorado de esa beldad, aunque seguían aumentando algunas actitudes de ella que no me gustaban. En ocasiones me decía: “estoy muy cansada y hace mucho calor, ¿por qué no vamos a platicar a un motel?” Claro, íbamos a uno lujoso y caro. Otros de sus ardides, cuando paseábamos por un centro comercial me decía, con su voz tan femenina: “cariño, cómo te quiero, me encantaría que me compraras un vestido del recuerdo, para cuando me lo ponga, sentir que tú me acaricias”, y daba la casualidad que siempre escogía uno caro.

Con el tiempo sacó otro nuevo truco, algo insoportable, sobre todo si lo efectuaba con frecuencia; cuando comíamos en un buen restaurante, me comentaba que estaba una amiga de la infancia en su casa o una sobrina y no había comprado mandado,

así es que se llevaba otra comida. Con el tiempo descubrí, que no había tal amiga o sobrina, era para ella misma al día siguiente.

Otra de sus ocurrencias, sobre todo cuando hacía mucho calor y subía el consumo de la electricidad por el uso del aire acondicionado, decía: “un favor, amor, ¿puedes pagarme el teléfono y la luz?, no tendré tiempo de salir del trabajo y dejé la chequera en la casa”.

Conforme pasó el tiempo, a pesar de todos sus defectos, seguía enamorado de ella. Tal vez lo que más me molestaba era que ganaba buen dinero, incluso más que yo, pero era supertacaña y además aprovechada. Me hizo un truco, que en verdad me molestó; comimos juntos y me dijo con su acostumbrada voz.

—Un favor amor, ¿podrás recoger mi automóvil?, tengo mucho que hacer. Estará listo a las 17:00 horas.

Al momento que me daba el boleto para que me lo entregaran. Su encantadora sonrisa hizo que sin pensar tomara el ticket; había que recogerlo en la agencia y le hicieron ¡la revisión de los 30,000 kilómetros!, tuve que pagar con la tarjeta de crédito.

En menos de un año, se terminaron mis ahorros para un automóvil nuevo. Sus trucos ahora eran más sofisticados. Aprovechando que estaba solo, me presionaba para pasar los fines de semana en otra ciudad y siguiendo su costumbre, en los mejores hoteles.

Deseaba dejar aquella situación, problemas con mi esposa y las deudas de mis tarjetas de crédito aumentaban, pero los hechizos de Ivonne me lo impedían. Yo que veía con desdén a los que pedían ayuda a un desenamorador, opté por ir a ver a Fernando Montesino.

Por medio de mi amiga Luisa, logré informarme dónde estaba, radicaba en otra ciudad, a un día de camino. Hice cita telefónica.

Llegué a su consultorio a media mañana, le dije que gracias a Luisa sabía de él.

—Me da gusto que acuda a mí, antes de exponerme su caso, quiero decirle algo. Me imagino que ya lo pensó bien, pues después del proceso, si desea volver a enamorarse de la misma persona, tendrá que empezar de menos cero.

—Ya lo pensé bien, me urge olvidar esa tentación, quiero salirme de la trampa en que estoy.

—Bien, por lo general en dos sesiones queda listo. Empezaremos ahora.

Recostado en un diván, Fernando me tocaba la frente y la sien, y me decía, piense en ella, todo sobre ella, lo bueno, lo malo; si es posible desde que la conoció. El consultorio tenía una luz tenue, empecé a recordar...

Al día siguiente hubo otra consulta similar a la anterior. Al finalizar ésta, me explicó:

—En dos sesiones usted estará bien, pero la sílfide que desea olvidar es demasiado seductora. Necesitará otra sesión.

Estaba dispuesto a durar gustoso toda la semana en sesión, con tal de “sanar”. A la siguiente consulta quedé libre de Ivonne. Feliz volví a casa.

Desconozco cómo le hizo, pero olvidé casi todo. Lo que relato, está tomado de un diario que tengo supersecreto, por razones obvias.

Post scriptum:

La he vuelto a ver; sigue igual de hermosa que siempre pero ya no siento nada de atracción y nuestra relación terminó. De recuerdo me quedaron varias fotografías con ella y deudas que sigo pagando.

Efecto inesperado

Reunido en el café con varios amigos, la plática recayó sobre enfermedades. No soy afecto a esos temas a los que llamo de “realismo maniático”; se habló del infarto del mes, la embolia del semestre y de un pobre infeliz en estado terminal a causa de un extraño virus. Un doctor que nos acompaña de vez en cuando, agregó:

—Más extraño que un virus es el caso que vi la semana pasada en la enfermería del penal, un colega encargado de ese lugar salió de vacaciones y me pidió que lo sustituyera. Dos reconocidos ladronzuelos, ambos de 22 años y que tenían asolados a varios sectores, fueron atrapados.

Aprovechando una pausa, un experto en página roja agregó:

—¿Son los que al intentar descender por la fachada de un edificio, cayeron sobre una marquesina?

—Precisamente éstos. A uno, parte de su pierna izquierda quedó extremadamente deteriorada, como si correspondiera a una persona de muchísima edad. El otro ladrón también tiene dañada igual esa pierna aunque en menor grado, pero su mano derecha es algo de no creerse, como si fuera de más de 100 años. Ahora me explico el porqué del accidente, trataban de bajar desde el tercer piso; a uno se le deshizo parte de la pierna al apoyarse en la marquesina y por los gritos que dio fue atrapado; el otro cayó primero sobre un anuncio, golpeándose la cabeza y

piernas, perdiendo el sentido, quedando luego a 2 metros de su compañero, su mano no estaba para esos descensos.

Los dos juran que esas anomalías aparecieron unos veinte minutos antes de que los atraparan. El ratero de la mano dañada, dice que tuvo una sensación de calor al estar acomodando lo robado en su mochila pero no le dio importancia; unos diez minutos después los reflejos se volvieron lentos. Por más que les insistí me dijeran dónde empezó ese síntoma, no se acordaban del lugar exacto, decían que fue en una terraza únicamente. Su extraña historia me pareció real, si desde el principio hubieran estado así, no podrían haber escalado el edificio. Si vieran cómo quedó, apenas puede hablar.

—¡Qué bueno! —exclamó un amigo—, para que se le quite lo rata.

Dos días después ya había olvidado esa plática. Me encontré con Javier, amigo de muchos años, teníamos tiempo sin vernos, así que optamos por comer en un restaurante. No podía dejar de tratar el tema del proyecto de limpiar vidrios manchados de hongos, era una obsesión para él; desde joven, cuando a su cámara fotográfica, que la cuidaba como un tesoro, con lente de 50 milímetros y foco 1:1.2 le pasó esa catástrofe.

— ...Mira, he seguido investigando, en el departamento que heredé, lo convertí en mi laboratorio, no he avanzado mucho —agregó sonriendo— pero me divierto. Luego de intentar con no sé cuantas combinaciones de líquidos, incluyendo oxígeno y nitrógeno, todas debidamente registradas, en la cuales por precaución uso guantes y lentes, pues algunos cristales no soportan el tratamiento y se hacen añicos; cambié de táctica y probé con el *rayo limpiador*, mi mayor invento, tenía muchas esperanzas, pero solamente es efectivo en un 5% de los casos; aunque descubrí un efecto inesperado...

—¿Cuál es?, ¿si se puede saber?

—Sería mejor que observaras el *rayo limpiador* en acción, si tienes tiempo vamos al laboratorio al terminar de comer.

Tenía tiempo y acepté encantado, Javier tiene conversaciones muy interesantes. Fuimos en su automóvil, únicamente por afuera conocía el edificio. Dejó el vehículo en el amplio estacionamiento en el sótano y subimos a su departamento en el segundo piso, abrió la puerta y dijo:

—Bienvenido a mi baticueva, hay un poco de desorden, solamente dos veces a la semana hacen el aseo.

En la sala-comedor había una serie de garrafones con líquidos, así como vidrios de diferentes espesores sumergidos en agua. Cuando observé el potente extractor de aire, dijo:

—Lo necesito para ventilar muy bien, pues algunos experimentos dejan un olor fuerte. Te enseñaré el máximo logro.

Mostró un aparato, se parecía a aquellos proyectores de 16 milímetros, claro, sin los rollos de película. Sobre unos ladrillos, teniendo de fondo la pared, colocó una vasija de plástico de mediana calidad, y al lado un magazine (de esos que acompañan la edición dominical de los diarios). Se puso unos lentes verdosos, explicándome que era para ver el haz del rayo, dos intentos para enfocar y agregó:

—Listo, observa bien. En menos de cinco minutos habrá resultados, y eso que lo tengo en baja intensidad.

Pasado ese tiempo apagó el artefacto y como precaución lo desconectó de la corriente eléctrica.

—Puedes tocarlo, no pasa nada.

La vasija estaba tostada, como si tuviera muchísimos años recibiendo el sol, un movimiento brusco y se deshacía. El impreso estaba amarillento, pareciera el incunable de los magazines.

—Este es el efecto inesperado, *un rayo limpiador* que funciona sobre papel, plástico y otros materiales; al ladrillo, vasijas

de barro y concreto, no les hace ningún efecto, por lo menos aparente. Pero no es todo, colindando en la parte de atrás, hay un terreno con una vieja construcción abandonada, un criadero de ratas, los vecinos nos hemos quejado muchas veces. Ante ese problema y para darles una lección a los roedores, hice un hoyo en la pared que da a la terraza a 50 centímetros del piso, justo para que cupiera el lente del rayo. En el balcón sobre unas macetas de barro puestas al revés, coloqué dulces, pasas y algo de cereal. Prendí el *rayo limpiador* y me fui a dormir, de vez en cuando paso la noche en el laboratorio. El cebo funcionó, al día siguiente había doce ratas muertas, el conserje del edificio tuvo que auxiliarme a sacarlas en bolsas de basura, algunas estaban agonizando, lo impresionante era que se veían envejecidas. Me asomé a la construcción vecina y con binoculares, pude ver otra cantidad igual de ratas tiradas sobre el terreno abandonado.

Con interés escuché sus peripecias con los roedores, al terminar, le conté la historia de los ladrones. La escuchó en silencio y agregó:

—De seguro llegaron aquí a un descanso.

Me mostró el balcón y el lugar donde ponía el cebo para roedores. Era posible que un ágil escalador llegara a ese sitio situado en una esquina y pasar con cuidado, al edificio contiguo y luego fácilmente llegar a los departamentos donde atraparon a los ladrones.

No había duda, fueron ajusticiados por el *rayo limpiador*.

—Has creado un aparato peligroso, hará las delicias de un falsificador de obras de arte.

—Sí, he pensado en eso, pero nunca lo ocuparía para un engaño o fraude, espero no caiga este secreto en manos del hampa.

Antes de partir me pidió discreción sobre el invento.

Pasaron los meses, fuera de unos telefonazos, a veces él, otras veces yo llamaba, no nos habíamos visto. Hasta que coinci-

dimos en una reunión de amigos en común. Ambos fuimos con nuestras esposas que se llevan muy bien. Se habló como suele ser en esos casos, de variados temas: del último ciclón y las lluvias torrenciales, los candidatos de la próxima elección y la inseguridad. Luego el tema de la muerte de un muy conocido gángster, que lavaba su lado oscuro con obras de caridad, pero con un historial de pillerías e infamias muy grandes, incluso había perjudicado a la familia de Javier en una ocasión. No sabía nada de esa noticia por haber estado varios días fuera de la ciudad. Una persona dijo:

— ...Fue su muerte de mucho dolor y angustia, lo supe de buena fuente, pero lo merecía.

Una mujer agregó:

—Sin duda un castigo de Dios por sus crímenes.

Apenas acabó de hablar y una voz varonil dijo:

—Extraña muerte y de gran sufrimiento. En el mismo hospital se había hecho una revisión dos meses antes y salió muy bien.

Alguien como yo, ignorante del tema preguntó:

—¿Pero cuál fue la causa del deceso?

El experto en página roja y situaciones similares, explicó:

—Un problema pulmonar, su respiración se dificultó, los últimos días estuvo a base de oxígeno. La autopsia reveló que sus pulmones estaban desechos, como si fueran de una persona de muchísima más edad.

Al escuchar eso, instintivamente miré a Javier por un instante, él se dio cuenta.

La reunión se prolongó dos horas más en un ambiente agradable. Al final Javier y su esposa nos acompañaron hasta el automóvil. Al despedirme de él, le di un abrazo al tiempo que le decía en voz baja (para que no escucharan nuestras esposas).

—Cuídate mucho, justiciero.

Luego un apretón de manos y dije:

— Buena suerte.

Mientras hablaban las mujeres, él agregó:

— No te preocupes, no soy un *justiciero en serie*. Fue una oportunidad y no la podía dejar pasar.

El colibrí

Hortensia era soltera y vivía sola, le encantaba observar su bien cuidado jardín. Había puesto una pequeña pileta donde se bañaban y tomaban agua los pajaritos, así como comederos de semillas, además de un bebedero con néctar para colibrís.

Aquel amplio patio con dos árboles frondosos, helechos y plantas invitaba a la meditación y al descanso. De todas las aves que lo visitaban, había uno que ella no podía olvidar, un colibrí, sin duda el más grande que hubiera visto, pero sin llegar a un tamaño monstruoso, además de vivos colores, predominando el rojo. Tal vez el único comportamiento que ella no comprendía, era las largas horas que duraba tomando el sol; pensaba: “ni una lagartija, dura tanto en el sol”. Al paso de los meses le puso nombre: “Esplendor”.

Casi todo el año la visitaba como las demás aves, excepto los días nublados y fríos, al igual que temporadas de lluvias intensas, pensaba: “qué harán en este tiempo”.

Pasaron cinco años, “Esplendor” seguía con la misma energía de siempre y con sus hermosos colores, volando hacia delante, hacia atrás y efectuando rápidos giros con una destreza inigualable.

Ella estaba preocupada por el pajarito, según informes, vivían unos cinco años; afortunadamente de tantos que visitaban su jardín, en temporadas había que rellenar con frecuencia el bebe-

dero de néctar, nunca había visto uno muerto, pensaba: “habrá un cementerio al que se dirigirán cuando ya les va a llegar su hora final”.

A media mañana, de un día frío y nublado, descubrió a “Esplendor” tirado, al parecer había caído desde el árbol en el que solía pararse. Triste, a paso lento, con miedo de llegar a él se fue acercando. Con cariño tomó el ave, cabía en la palma de su mano, su intención era darle una digna sepultura en el patio. Lo puso sobre una mesa en el jardín, mientras traía una caja para colocarlo. Al hacerlo, vio algo que la dejó paralizada, partes de él se salieron de su interior, ¡era mecánico! Impresionada tomó una lupa, no había duda, resortes, engranes, componentes electrónicos y piezas extrañas estaban en su interior.

Este hecho tuvo fuerte repercusión en Hortensia. Sin proponérselo, saltaron muchas dudas en su cerebro: ¿Cuántos más pajaritos serán de mentiras?

El día siguiente era miércoles, tocaba la merienda de amigas, pensaba contar lo que le aconteció pero no se atrevió, imaginaba: “si una amiga me cuenta eso, pensaría que está loca o es una boba, que confundió por cinco años un juguete con un ser vivo”. Trató de comportarse lo más normal posible.

Al paso de los días sus dudas aumentaron y eran ya más profundas: ¿Cuánta gente no será así? Recordaba a su sobrino que un día contó una película sobre androides, ella desconocía esa palabra, pero él se la explicó. Quisiera platicar con él, pero volvería a visitarla dentro de varios meses.

Al siguiente miércoles en la reunión comió de más; esa noche tuvo pesadillas brutales: Llegaba su sobrino y le explicaba lo del colibrí y él se quitaba la cara y aparecía un hombre mecánico, para luego, como son los sueños, contarle a sus amigas ese hecho

insólito y acabar ellas quitándose las máscaras y eran también robots; claro, despertó horrorizada.

Ante las pesadillas y dudas recurrentes, comentando con su sobrina, ésta aconsejó viera a una psicóloga amiga suya. Luego de varias consultas se sintió mejor, tuvo fuerzas otra vez para abrir el “ataúd” del colibrí, el cual lo había dejado en un armario en la lavandería. Se impresionó al ver casi destruido el ave, convertido en chatarra, sumamente oxidado, como si hubiera estado expuesto a la intemperie por varios años, apenas se distinguían sus colores, lo volvió a guardar y para completar la liberación, lo enterró en el patio. Al paso de los días volvió a ser como antes.

Informe del Comandante.

La operación fue un éxito. Los cinco androides hicieron una excelente investigación, volvieron todos y tenemos la información tabulada. En cuanto a la pequeña ave, dotada de semi-inteligencia artificial, encontró un sitio muy agradable, (entre tanta porquería que hay por acá) y estuvo reportando por cinco años, como en el caso de los androides, tenemos grabado lo que vio. Sufrió un desperfecto en su sistema de equilibrio, “murió” y perdimos su cuerpo. No, no creo que haya peligro de que copien nuestro invento, al dejar de funcionar, se activó su sistema de autodestrucción lenta, empezando por sus celdas recolectoras de luz solar, en una atmósfera con 21% de oxígeno, pronto quedará corroído y hecho polvo.

El Faro

Vivo en Arboleda, apacible lugar al lado del río Manso con 40,000 habitantes, distante 200 kilómetros del mar. Río de aguas tranquilas en época de estío, fuera de esa temporada la corriente es fuerte; tiene más de 700 metros de ancho en este puerto fluvial y es navegable por más de 2,000 kilómetros río arriba.

Trabajo en la Compañía Naviera Arboleda, fundada por un tío. Ha prosperado y cuenta con barcos trasatlánticos que llevan madera y productos de la región a otros continentes.

En días nublados y aguas agitadas, no se distingue fácilmente la ruta a Arboleda. La Compañía planea construir un Faro, en el sitio idóneo. Un macizo de roca, el punto más alto en más de 150 kilómetros a la redonda, situado a la margen Sur de la desembocadura del río Manso. Rocas fuertes, por siglos las olas se estrellan contra ellas y siguen en pie. El Faro estará a 100 metros sobre el nivel del mar y su altura máxima será de 40 metros.

No me falta nada en Arboleda, hermoso puerto de gente amable, en el hogar de mis padres vivo muy bien, tengo buenos amigos, mi trabajo me agrada y el sueldo es adecuado, el nivel cultural es bueno. Deliciosos platillos, frutas, verduras frescas y diversas, así como pescados, hay en la ciudad. Pero una idea me inquietaba, el deseo de ser el encargado del Faro que pronto se inaugurará. Comenté con amigos y amigas, les pareció una bro-

ma quererme ir allí. Todos han viajado al inolvidable Puerto Amigo, situado al Sur, distante 1,100 kilómetros. La desembocadura les parece un sitio nada agradable para estar allí, con sus nubes de mosquitos que varían su tamaño según la época del año. Fuera de una Guarnición de la Marina en el litoral, por cientos de kilómetros está solitario. Por más confortable que estuviera el Faro, no se antojaría pasar allí más de tres días.

La idea fue cobrando fuerza, mas al apoyarme Dalina, una joven linda y romántica cuando le conté mi plan de escribir en esa tranquilidad unos cuentos y ensayos sobre la finalidad de la existencia.

Casi al año, el Faro se terminó por una compañía de arquitectos de Puerto Amigo. Aunque nunca había ido, lo conocía por sus planos y especificaciones. Se acercaba la fecha de mi partida. Que recuerde, nunca antes a nadie le dieron más consejos, incluyendo las clases de tiro al blanco en el cuartel militar (por el peligro de piratas); así como despedidas, me di cuenta que muchos me apreciaban, lo asombroso era que sólo estaría a 204 kilómetros de distancia.

Llego el día de mi partida, el viaje no fue en un cómodo vapor de la compañía. A las 5:00 horas salí en un barquito de servicio mixto con el nombre de “Ferrocarril del Manso”, mi primer viaje así. Que diferente veía todo ahora, avanzábamos despacio. Se paraba en infinidad de sitios que antes habían pasado desapercibidos para mí, pequeñas rancherías donde sembraban frutas y verduras. Se intercambiaban mercancías, dejaban combustible, subía y bajaba pasaje, muchos colgaban una hamaca en la cubierta y aprovechaban para descansar en el viaje. Al día siguiente, a media mañana llegamos a Puerto Mistel, situado 10 kilómetros antes de la desembocadura del río, en la margen Norte; es un caserío sobre balsas, que cambia su nivel conforme a la marea y las avenidas del río, sitio obligado de visitar. Hay una

tienda, un comercio de venta de combustible, restaurante y hotel. Hicimos escala para comer, la comida simple, en momentos el restaurante se movía más que la nave.

Cuarenta minutos después llegamos a la costa, ¡qué contraste!, extrañaba la muralla de árboles y vegetación en las márgenes del Manso.

A lo lejos se distinguía el Faro, pintado de color blanco, llegamos al muelle, me esperaban dos personas de la compañía constructora y una de Naviera Arboleda. Un camino aceptable de algo más de 200 metros conducía desde el embarcadero hasta la puerta del Faro. Nos llevó un pequeño tractor de vapor con tres vagones (como los usados en los muelles). En tres días me dieron un curso y me enseñaron el manejo de la instalación, así como resolver los problemas que pudiera tener. Claro, antes había leído todos los manuales, desde su funcionamiento hasta reparaciones. También me visitaron varios Guardias de la Naval, para decirme que estaban para ayudarme y recordarme que en caso de ayuda o peligro, accionara los cohetes de señales y ellos vendrían. La Guarnición estaba 4 kilómetros sobre la costa, hacia el Sur, en una pequeña bahía. Me aconsejaban andar armado siempre que saliera del Faro, había el peligro de piratas.

Visité la Guarnición, situada sobre rocas a 30 metros sobre el nivel del mar. Tres días después llegó una embarcación de Naviera Arboleda, se llevó a los constructores y al empleado, felices se iban a sus hogares. Esa tarde gris y con viento en aquella soledad, me pregunté: “¿Pero qué he hecho?”

La Compañía me dio seis gansos, cosa que agradecí mucho, no estaría solo, les di de comer acompañados por el encargado anterior que me pasó “el mando”. Ellos me avisarían de cualquier intruso.

Pronto comprendí que no era un descanso estar allí, había que estar pendiente del mechón del Faro, prenderlo al oscurecer

y que no faltara combustible, éste era subido por un elevador manual exterior, cuando no hubiera viento, siempre había que tener una buena reserva en los contenedores de 20 litros. Darles de comer a los gansos. Había también un sistema auxiliar de luz eléctrica muy primitivo. Dos generadores de viento situados cerca del Faro (uno en acción y otro de reserva), daban energía para iluminar un foco arriba del mechón día y noche, también alimentaban una bomba que subía agua al tinaco del Faro. Claro, esto era cuando soplaba el viento, de los que también había que estar pendientes del funcionamiento. Algo incómodo era efectuar todo esto, con pistola al cinto y rifle. Estar pendiente del canaleta que de la bodega llevaba el agua de lluvia a un tinaco para beber, además de llenar un aljibe. Hacer yo mi comida, lavar la ropa. Total, descansaba mucho menos que en Arboleda.

Al Este el mar; al Oeste tierra y río; al Norte playas y al Sur el delta del Manso, que formaba pantanos, manglares, playas y el criadero ideal para mosquitos. Pero tenía su encanto, al pasar la Cañonera de los Guardias (cuando volvía del Norte) saludaban con el silbato. Ver a los leones marinos descansar en los peñascos y a veces en la playa lejana. Iguanas marítimas de hasta medio metro o más, que duran inmóviles por horas, esperando que llegara una nube de mosquitos, su alimento preferido. El espectáculo cuando venía un trasatlántico a Arboleda y saludaba con su potente silbato. La emoción de la visita del “Ferrocarril del Manso”, con noticias de casa, amigos y comida fresca.

Dos meses después, ya acostumbrado a esa tranquilidad, llegué a dudar que existieran los piratas, ¿qué interés podían tener en llegar aquí o a Puerto Mistel?

A media mañana escuché el graznar de los gansos, como nunca antes, me encontraba alimentando el tanque del mechón, echo un vistazo a la costa, veo un barco y a unos hombres intentando robarse el bote, afortunadamente estaba sujeto con cade-

nas y candado, al tratar de zafarlo se activó un cohete de color rojo que estalló con gran estruendo. Inmediatamente mandé yo otro cohete de peligro, tomé un potente rifle con telescopio, apunté y tuve suerte, le di al tipo de arriba de la lancha. Más de veinte hombres avanzaban hacia el Faro, disparaba constantemente y el avance cesó, no tenían donde esconderse e intentaron rodear el Faro. No pasaron diez minutos, cuando llegó la Cañonera, disparando su artillería contra el barco de los piratas y éste se hundió. Más de veinte marinos del Batallón Ligeró bajaron, famoso por su lucha cuerpo a cuerpo, los piratas huyeron hacia la zona pantanosa del Norte, se veía terreno firme, pero sólo las iguanas lograban caminar, no soportaba el peso de un hombre, murieron allí por las balas, no hubo combate cuerpo a cuerpo.

Dos días duraron los hombres del Batallón Ligeró. Cuando la zona resultó segura, se fueron. Uf, ¡qué susto me llevé!

“Ferrocarril del Manso” me trajo la mercancía, el combustible y el correo. Una la leí con sumo interés, era de Dalina, avisándome que pronto llegaría con tres amigas a pasar unos días. Pensé que era una broma, ¿quién quisiera estar aquí? Había suficientes habitaciones con camas para ellas. Los planes originales eran para combinar el Faro con un hotel, fantasía que no se hizo, pero quedaron cuatro habitaciones pequeñas con sus baños.

Doce días después, a media tarde, sonó a lo lejos el silbato del barco mixto, inmediatamente calenté el tractor, en 10 minutos estaba listo y me dirigí al muelle con los tres vagones, apenas efectuaba la maniobra de atracar y mi sorpresa fue enorme; Dalina, Magda, Rosi y su hermano Jorge estaban allí, saludando desde el barco. ¡Con qué gusto los recibí!

Con la ayuda de Jorge y las muchachas, fue fácil descargar en la bodega el combustible y los sacos de grano con alimento para los gansos. Los víveres y artículos de limpieza a la despensa del Faro, se asombraron de su alta escalera de caracol y la pe-

numbra, ayudada por las pequeñas ventanas. Por sus caras, comprendí que ya no dudaban de la incomodidad que les había anticipado; una odisea fue subir el equipaje, las habitaciones empezaban en el tercer piso, luego un baño y así sucesivamente. El quinqué era uso obligado apenas atardeciendo para salir del cuarto. Mi recámara estaba dos pisos antes del mirador del Faro. Eso sí, subir las escaleras mínimo dos o tres veces al día me tenía en muy buenas condiciones físicas.

No había gran cosa que ver en aquella extensión rocosa de 400 metros de ancho y 500 metros de largo. Al cuarto día los huéspedes habían visto los leones marinos en la costa, las iguanas caminando sobre las arenas movedizas, diferentes aves, algunos pingüinos, delfines jugando en el río Manso y el paso de la Cañonera vigilando las costas. Explicado el funcionamiento del tinaco y aljibe, única fuente de agua dulce. El saludo a base de señas con banderines todas las mañanas (cuando el tiempo lo permitiera) con el puesto de vigía de la Guarnición de la Marina a 4 kilómetros y con binoculares ver la respuesta.

Reían cuando explicaba que en los cuatro meses que llevaba allí, apenas escribí un cuento, en aquella soledad y con tanto quehacer había olvidado la finalidad de la vida. Tardes sin viento, había que correr a refugiarse en el Faro, que tenía en todas las ventanas tela mosquitera, miles de mosquitos, de forma que no podía uno ni hablar, afortunadamente era fresco el interior. En las noches con brisa había que usar cobertor. Unos cuantos días más vendría el vapor mixto y se terminaban las vacaciones de mis amigos, cómo los extrañaría, sobre todo a Dalina.

Aquella mañana, a diferencia de lo habitual, había un silencio total, ni los pájaros o gansos emitían ruido. Con binoculares veía en el río una extraña quietud sin delfines. En el desayuno comenté que el silencio extremo no era normal.

Salí a revisar el generador de hélice, cuando observé que cientos de lobos marinos, focas y pingüinos, venían a la isla por la entrada más cómoda: el muelle. Salieron todos a ver aquella procesión de animales, unos con lento avanzar, otros con más agilidad, pero todos se alejaban del mar. Los visitantes me hacían preguntas, les decía: nunca había visto algo así.

Dalina gritó.

—¡Miren el mar!

Éste se alejaba de la costa. Grité:

—Todos al Faro, he leído que cuando eso pasa, viene una ola gigante.

Entramos a la fuerte construcción, cerré la puerta y subimos al mirador. Más de 7 metros bajó el nivel del río. Los animales que estaban en la isla, especies diferentes estaban en paz y en silencio, presentían algo insólito. De la torre de la Guarnición Naval, me hicieron señas con bandera indicando peligro, les contesté. Pasados diez minutos, el nivel del mar fue subiendo lentamente, luego a lo lejos, con los binoculares vi algo que me llenó de terror, una muralla de agua avanzaba a gran velocidad. Con rapidez mandé un cohete azul indicando a la Guarnición peligro inminente de tormenta (era la señal más parecida que tenía), mis compañeros miraban asustados aquel espectáculo, en silencio se acercaba aquella ola. Reventó en la costa exactamente a las 11:50 horas, con un sonido aterrador, no subió el acantilado (100 metros), pero sí brincó agua. Cubrió todo lugar de la isla a 60 metros del nivel del mar. Fue algo aterrador, que se repitió casi con la misma fuerza minutos después. Mis amigas lloraron, Dalina me abrazó asustada. Hasta pasadas las 18:00 horas, el mar volvió a su normalidad, en el acantilado se observaron restos de un navío, que no pudimos precisar cuál ola lo trajo. Busqué con los binoculares el bote de la Compañía, no estaba, sólo algunos restos de la estructura del muelle donde lo guardaba. Con el telescopio miré la Guarni-

ción, gran parte destruida y no estaba el barco auxiliar, ni la Cañonera, la otra estaría en vigilancia. La playa y manglares al Norte, se veían desechas. Al oscurecer se desató una fuerte lluvia. Los gansos que habían ido a la parte más alta, volvieron a su casa.

Encendí el Faro, por más señales que hacía con lámpara a la Guarnición no había respuesta. Nos dormimos en la madrugada, con temor de que el fenómeno se repitiera.

Al día siguiente, los animales así como llegaron, se fueron en orden, como si un domador los dirigiera.

Diez días aislados y prisioneros en aquella isla, afortunadamente había suficiente comida, pero aquella alegría de los primeros días, había pasado. Aunque el amor por Dalina había aumentado en mí, cuántas cualidades tenía.

Pasadas dos semanas, al mediodía, el conocido silbato del “Ferrocarril del Manso”, gran alegría en todos nosotros. Aparte de víveres y combustible, llegaron el papá de Dalina y el de Rosi y Jorge, una alegría al encontrar a sus hijos vivos. Nos contaron los destrozos del agua en más de 40 kilómetros tierra adentro, Puerto Mistel quedó disperso, algunas casas y negocios estaban arriba de los árboles a más de 10 kilómetros entre la selva. Hay desaparecidos. Las lanchas de la marina siguen ayudando a personas, por ese motivo no han venido. Además por no ser época de lluvias, está invadido el río de troncos y árboles dificultando la navegación. Arboleda quedó intacta.

Hicimos una visita a la Guarnición, las mujeres se quedaron en el Faro. La Cañonera y el barco auxiliar hundidos, poco quedó en pie de la construcción, no vimos supervivientes. Aunque estaban a 30 metros del nivel del mar, quedaron sobre ellos 30 metros de agua, luego supimos que la ola avanzó a 600 kilómetros por hora, producida por un gran terremoto. Muy tristes nos retiramos de aquel lugar.

Al día siguiente partió el barco mixto con los visitantes, que de seguro nunca olvidarían esa experiencia. Volví a mi soledad. Pero ella y yo hicimos planes para casarnos.

Tres días después al anochecer distingo señales luminosas de la Guarnición; les contesté, eran sobrevivientes de la Cañonera en vigilancia. Al día siguiente en la tarde, llegaron. Lograron sacar de la Cañonera hundida dos lanchas salvavidas, en esas cruzaron el kilómetro de ancho del Manso. Demacrados y hambrientos llegaron 14 hombres sobrevivientes, 6 murieron. La ola los había arrojado 15 kilómetros tierra adentro, quedando la Cañonera sobre árboles, lograron llegar a la playa y luego a la Guarnición.

Cuatro días después llegaron dos barcos de la marina. Me felicitaron por no dejar mi puesto desde la noche anterior, a pesar de la bruma veían la luz del Faro que facilitaba su camino. Uf, ¡qué felicidad!, todos contentos; me dejaron latas y manjares que en medio año no me acabaría. Los supervivientes de la Cañonera se fueron.

Las islas donde vivían piratas, parte de ellas desaparecieron y no hay supervivientes. Allí la marina puso un campamento; problema terminado.

Todo volvió a la normalidad, se reconstruyó Puerto Mistel. Me casé con Dalina y pasamos una temporada viviendo en el Faro. El anuncio de la visita de la cigüeña hizo que nos fuéramos a vivir a Arboleda.

Han pasado los años. Cuando viajamos a Puerto Amigo, Dalina y yo en el vapor de la Compañía, suena el potente silbato al pasar frente al Faro, desde cubierta saludo con señas de banderines al encargado. Este contesta y manda un cohete blanco, señal de todo bien. Sé por propia experiencia que en aquella soledad, un detalle así del silbato y señales de banderín tienen gran significado.

Historia sucedida hace dos siglos en un lejano planeta.

El plato

Por culpa de una súcubo, mi matrimonio de más de 30 años pasaba por un momento crítico. Por cuestiones de negocios andaba fuera, cansado y con hambre llegué a Tamazunchale, buscaba un restaurante, encontré uno con el nombre *Platillos Huastecos*, se veía bien. Entré, pedí el platillo y esperé. El mesero trajo los cubiertos, plato, vaso, una botana y el refresco.

Al dirigir la mirada al plato, me estremecí. Observé un dibujo color azul de un restaurante a la orilla de un lago. Me pasaron en cámara rápida parte de mi viaje de bodas cuando fuimos a un restaurante varias veces porque nos gustó mucho; tiempos felices, podría jurar que eran los mismos platos, aún se podrían distinguir en una fotografía que tenía y que le tomé a ella. Instintivamente vi el revés del plato, con la leyenda: *Propiedad del Lago del Sabor; Guadalupe, Jalisco*. No había duda era el mismo restaurante, negocio que un par de años después buscamos, pero había desaparecido, lo extrañamos, en su lugar estaba una tienda.

Terminé la comida y le pregunté al mesero el origen de los platos; lo ignoraba, pero el dueño estaba allí. Fui con él para que me contara la historia, que no tenía ningún misterio y me dijo:

—Hace unos 30 años, un vendedor de la fábrica de lozas, me ofreció un lote de platos que había ordenado un negocio y había cerrado. Como eran atractivos y a buen precio, los adquirí. De aquel tiempo hasta ahora, han sobrevivido algunos.

Le propuse comprarle unos platos, le conté la historia de cómo había conocido ese negocio. Me dijo que esa vajilla le había traído buena suerte y no muy gustoso aceptó venderme únicamente dos. Feliz salí de allí con los platos, que a pesar de los años, estaban aún intactos.

Los envolví muy bien en periódico, los coloqué en la maleta entre la ropa, con cuidado la deposité en la cajuela del automóvil y a casa. Me recibió mi esposa, sin entusiasmo.

Al día siguiente, un poco antes de la hora de la comida, sustituí los platos. Al sentarnos a la mesa, ella que tiene excelente memoria, inmediatamente los reconoció.

—¿En dónde los conseguiste? —exclamó con alegría.

Le conté toda la historia, de cómo al verlos recordé los felices tiempos, historia que escuchó con interés.

Al paso de los días, también a nuestro matrimonio nos trajo buena suerte. Nos entendimos mejor y tuve la suerte de que la atractiva súcubo se fue a vivir a otro lugar, y no deseo saber a dónde.

Estación Solitaria

Después del terrible accidente ferroviario en que murieron mi esposa e hijo, caí en una depresión. Dejé el trabajo y casi nada me importaba. Cuando supe que abrirían una nueva Estación Meteorológica en Montaña Filón, lugar solitario y con una historia de terror atrás, inmediatamente solicité el puesto; ideal para olvidar, leer y meditar. Tenía estudios sobre eso y dos años de experiencia; pero pensé: “cuántos con mayor mérito que yo la solicitarán”. No me hice muchas ilusiones.

Feliz recibí la noticia que había sido preseleccionado y deseaban una entrevista. Luego de informarme de las condiciones del trabajo y mis labores, como recalcar me que estaría varios meses aislado y la comunicación sería únicamente por radio, dije:

—Sí, creo poder cumplir. Ya he estado hasta dos semanas solo en una Estación.

—Bien, pocos solicitaron el trabajo; usted fue el único joven (28 años) con un excelente expediente de salud y tiene experiencia. ¿Vio la película “Criaturas de la Penumbra”?

—Era obligación verla, ¡excelente!, nunca he visto nada tan terrorífico.

—¿Aún así desea ir a ese sitio?

—Sí.

—El puesto es suyo.

Cuando comenté a conocidos y amigos el trabajo que conseguí en Filón, quedaban impresionados y no faltaba el comentario sobre las “Criaturas de la Penumbra”, para luego decirme: “Eres muy valiente”.

Soy ajeno a las armas, así es que por dos semanas en una unidad de entrenamiento de la policía, me enseñaron el manejo de pistolas y rifles. Me felicitaron por mi puntería. No querían que tuviera un destino como a los investigadores anteriores y me prepararían una vivienda segura y confortable.

En una comida organizada por mis amigos, al terminar, muchos se despidieron como si jamás fuera a volver. Yo estaba feliz y optimista a pesar de los presagios.

Llegó el día de mi partida, primero de junio, mi fiel perro Blin me acompañaba, grande, de 34 kilogramos de peso y excelente guardián. Me dieron una pareja de perritos color blanco de compañía, muy buenos para eliminar alimañas, en ocasiones hay plaga de roedores en esas montañas; sus nombres eran simples, Fi y La. La vivienda y la Torre de observación se encontraban ya listas. A los perros los durmieron con inyecciones. El dirigible partió a las 8:00 horas. Volaba a 120 KPH, tres días después llegamos, el capitán me decía:

—En esta época es posible amarrar, a partir del próximo mes será muy arriesgado, hay vientos constantes y ráfagas imprevisas.

Un hombre descendió y sujetó los cables (en sitio ya puesto ex profeso), luego la tripulación me ayudó a acomodar alimentos, libros, instrumentos y demás enseres en la casa, Torre y bodega. Con emoción se despidió la tripulación.

Los perros salieron de su modorra, con curiosidad reconocían su nuevo hogar. La casa (fue transportada por dirigible) era sólida y firmemente sujeta al suelo, para mayor protección, tenía una cúpula de reja de acero que la cubría y un patio de más de

800 metros cuadrados. La Torre de observación de 20 metros de altura estaba retirada 30 metros de la orilla de la cúpula. Para ir, un túnel cubierto de resistentes barrotes de acero comunicaba con ésta. Me sentía seguro, claro, si deseaba salir de esa protección, podría hacerlo, había una puerta con llave, luego supe que no era muy recomendable salir de paseo.

Había radio en la Torre y en la casa; generadores movidos por hélices cargaban las baterías. Dos tanques de agua, a nivel más alto que la casa y protegidos térmicamente surtían el agua, una tubería proveniente varios metros dentro de la montaña, donde brotaba un ojo de agua, por medio de una bomba la impulsaba a los tinacos.

Al día siguiente desde la Torre al atardecer me comuniqué a la Central, con excelente sintonía. Empezaba mi trabajo informando presión atmosférica, temperatura y demás. Con tanto quehacer ni me acordaba de las “Criaturas de la Penumbra”, pero aún así, no salía de la casa sin al menos un revólver en la cintura. Al ir a la cena, Blin (a esa hora en esa latitud hay mucha luz) estaba a mitad del túnel, tenía la vista fija en el exterior y estaba petrificado. Al mirar en esa dirección descubro un inmenso oso, instintivamente grito: a casa Blin. Sale de su estado hipnótico y va tras de mí, corro. El oso se lanza rumbo a la reja, trata de derribarla, no puede y se va. Luego de ese susto, comprendí plenamente el porqué de la reja y lo que Meteorología se preocupaba por mí. ¿Serían los osos los que eliminaron a los anteriores investigadores?

Esa noche dormí con el rifle al lado y una ametralladora ligera en el cuarto, ¿y si un oso rompiera las rejas? El par de perritos asustados durmieron en la casa (una puerta pequeña los comunicaba con el exterior). Blin en su perrera, vigilaba.

Recordaba, como si lo estuviera leyendo sobre la primera expedición, seis exploradores y tres investigadores y no quedó

rastros de ellos; la segunda todavía más enigmática, seis investigadores, protegidos por ocho soldados, estarían un par de meses, lo único que se encontró siete meses después, cuando las condiciones permitieron volver, fueron las tiendas de campaña destruidas y algunos rifles. Por ese hecho se filmó *Criaturas...* Si eliminaron a ocho soldados, ¿qué me podría pasar a mí? El sueño me venció en la madrugada.

El clima en el día era caluroso hasta 34 grados centígrados, no imaginé ese calor en esas latitudes. En lo alto de una colina estaba la Estación, a 100 metros una profunda cañada, en el fondo corría el río Filón, una serie de riachuelos desembocaba en éste cuando empezaban los deshielos, en épocas de exceso de nevadas, las crecidas eran gigantescas, era parte de trabajo informar sobre esos cambios. En la noche bajaba la temperatura a unos 10 grados centígrados.

Desde la Torre con prismáticos observaba el río, el bosque y su fauna; venados, jabalís, borregos, lobos, osos y aves. Oscureciendo me comunicaba con la Central, porque en el día había mucha interferencia.

En las noches recordaba las escenas más terroríficas de *Criaturas*, aquellos seres blanquecinos salidos de cuevas (existían varias a un par de kilómetros de allí, desde la Torre lograban verse dos entradas), que cazaban con lanzas. La soledad y los recuerdos de mi familia me causaban desaliento. Comprendía que no podría defenderme de un ataque prolongado de las *Criaturas*, pero estaba dispuesto a caer luchando.

El 28 de julio día inexplicablemente caluroso, 37 grados centígrados. A las 15:00 horas como de costumbre subí a la Torre. A 17 metros de altura, la caseta tiene amplias ventanas con doble cristal aislante térmico, una terraza la rodea. Sitio confortable, cuenta con medio baño, tinaco en el techo y en una asta ondea la bandera de mi nación.

Había en el ambiente algo raro, miles de aves volaban hacia el Sur y poco movimiento de mamíferos en sus acostumbradas veredas.

Un acontecimiento al azar alegraba mi vida desde hacía dos semanas, por el radio de onda corta contacté con una joven, 4 años menor que yo, de una ciudad vecina donde antes vivía. Al saber quién era se interesó en charlar, leyó sobre mí en una publicación. En aquella soledad una simple conversación tenía gran valor, ella contaba las cosas que yo no escuchaba en el noticiero radial. Puntualmente nos comunicábamos a las 20:30 horas. Ese día llevaba camisa de manga larga, había abierto dos ventanas para que corriera el viento. Rendí mi informe y me despedí del compañero, luego a charlar con mi amiga. Una lluvia que arreciaba me hizo cerrar las ventanas. La conversación era muy agradable, ella vio dos fotos mías en la revista del reportaje. La temperatura empezó a bajar, prendí la calefacción eléctrica y pensé: “sirve que la pruebe”.

Hora y media después, la amiga se despidió. Veo el termómetro, no lo puedo creer, 18 grados centígrados bajo cero, pensé: “Se descompuso”. Abrí la puerta de la terraza para cerrarla inmediatamente. En menos de dos horas, bajó de 30 grados a menos 18 grados centígrados. Anoté los cambios en la bitácora y me dispuse volver a la casa. ¿Podría llegar?, me puse un pañuelo cubriendo el rostro, por suerte había un periódico, usé las tres secciones distribuyéndolas debajo de la camisa, dos sacudidores como gorro. Usé bolsas de fieltro de instrumentos a modo de guantes. Dejé el rifle (lo usaba desde el día del oso), apagué la calefacción y me dispuse a bajar. Había suficiente luz, a pesar de los nubarrones. La escalera de caracol, aunque sus paredes están cubiertas de un plástico rígido transparente tiene muchos huecos y el aire se filtra. Lo peor era afuera, los charcos de agua se habían convertido en hielo resbaladizo, el pasamanos del túnel

me impedía caer. Al cruzar el patio congelado, el fuerte viento me hizo caer en tres ocasiones.

En casa, tan pronto llegué encendí la calefacción, el termómetro exterior indicaba menos 25 grados centígrados. Me acosté.

En la mañana, repuesto por dormir muy bien en la casa térmica, salí con ropa adecuada, el paisaje era diferente, las botas con tachuelas impedían que cayera. Subí a la Torre, el río Filón congelado, temperatura de menos 30 grados centígrados. Con los prismáticos observaba el bosque. Al otro lado de la cañada, en una planicie, ahora congelada por el súbito cambio de temperatura, quedaron algunos venados atrapados, lo que vi me horrorizó. Divisé los tigres blancos, que hasta ese momento no había visto. Eran tres destazando a los pobres animales; desesperados se levantaban, para resbalarse y ser rematados por los carnívoros.

Mi terror aumentó al ver a dos felinos de este lado del río entre el bosque, alimentándose de no sé qué (las ramas impedían su identificación) a 200 metros de la Torre.

Esa noche nevó, el paisaje era blanco al día siguiente, hizo que únicamente descubriera un tigre, ¿cuántos habría?, no pude distinguirlos. Pero sin duda merodeaban la casa, los perros no paraban de ladrar y de estar inquietos.

Luego de mandar un amplio informe a la Central, donde lo recibieron asombrados, incluyendo lo que sufrí para llegar a casa. Me comuniqué con la joven y le conté todos los acontecimientos. Se preocupó por mí y me dijo que me cuidara de los osos, tigres y las Criaturas.

Meditaba sobre lo que pasó y llegué a una conclusión: la muerte de los investigadores se debió al cambio brusco de temperatura, no encontraba otra explicación. De los cinco rifles encontrados, sólo uno fue disparado. Para mí, confiados, la mayoría caminaba en los alrededores del campamento; se refugiaron de la fuerte lluvia y el cambio de temperatura los sorprendió. Ante su

ausencia, los del campamento ya protegidos del frío fueron a rescatarlos, resbalarían o los atacaron los felinos. Uno disparó la carga completa de su rifle, aunque hubiera eliminado uno o dos tigres, no fue suficiente, si quedó herido se congeló. Los carnívoros los devoraron. Luego del invierno, roedores, aves e insectos terminaron la labor, las fuertes lluvias y vientos, eliminaron casi todo rastro. No había “Criaturas de la Penumbra”. Una decepción para los que les gusta el terror desconocido.

Le conté todas mis deducciones a la joven, ella me propuso que escribiera un libro sobre ese misterio descubierto, sin duda sería un éxito. Le dije:

—¿Pero cómo, es una broma? Estoy aislado, no conozco a ningún editor, además no sé escribir un relato, no digamos brillante, me conformaría con hacer algo decoroso y para colmo, le atino a la mitad más una de las palabras con acento.

Ella rió y luego me dijo que si deseaba me ayudaría a escribirlo. Me enteré que estudió Letras y Estilo. Colaboraba en escritos en una revista de temas éticos y religiosos. Luego me animó cuando comentó:

—Mira, cuentas lo que deseas escribir, lo redacto y luego te lo leo, si te gusta, se va formando el libro. No soy genial, pero he ganado dos concursos de cuento.

—Bien, acepto, pero si se publica, que aparezca tu nombre en la portada, junto al mío.

No quería, pero la convencí. Así empezó mi labor de escritor a larga distancia. La obra informaba sobre las dos exploraciones y su extraño fin; el resumen de todas las hipótesis dadas sobre ese acontecimiento, desde poco conocidas hasta la archifamosa de las Criaturas. Luego describía cómo me enteré del trabajo. Su agradable voz me decía:

—Mira, hice hincapié en que te caíste en el patio congelado tres veces por el fuerte viento; para dar idea de lo fácil que es

sufrir un serio accidente en esas condiciones, entre la sierra donde está el campamento.

No había duda, sabía escribir y ponerle interés al tema.

En menos de dos meses, quedó lista la obra.

Un jueves me comentó:

—La llevé a un importante editor la semana pasada, ayer me resolvió. Le encantó la obra y el título; lo publicará. ¿Te parece bien?

—¡Superexcelente!

—El editor quiere sacarlo cuanto antes, yo deseo que regreses, no sería justo que saliera sin ti.

—Que salga cuanto antes, no puedo ir allá aunque quisiera, los vientos son casi constantes, pasaré aquí el invierno. Gracias a ti me haré famoso.

A mediados de noviembre la editorial hizo la presentación del libro: “Montaña Filón. Misterio Revelado”. Ella me comunicó que me elogiaron, en la presentación tuvo que dedicar muchos libros, acabó cansada de tanto escribir y firmar.

El frío es ya constante, cinco horas de luz al día, lo demás oscuridad. Afortunadamente hay suficiente alimento para mí y los perros. Un verdadero sacrificio ir a la Torre cuando hay ventisca. En el garaje al lado de la bodega, he colocado la casita de Blin, así como un radiador, de forma que siempre tiene agua para tomar; por medio de un túnel en la pared se comunica con el patio, hay gruesas tiras de lona que disminuyen la entrada del frío, claro, también entran y salen Fi y La.

Extraño las verduras frescas, aunque tomo vitaminas en cápsulas. Días monótonos de largas noches, tiempo de lectura, escuchar radio y no dejo de hacer ejercicio todos los días en un pequeño gimnasio; si no fuera por ella, me derrumbaría totalmente.

A fines de marzo subió la temperatura, llegó un temporal con fuertes lluvias durante una semana. Empezaba el deshielo en el bosque, pero el río seguía como un congelador.

La comunicación con Darena, mi amiga, seguía en los mejores términos. La buena noticia es que ya iba la tercera edición de nuestro libro. Deseaba volver a la civilización.

A mediados de abril escuché un gran estruendo, una avenida fuerte de agua venía de montaña arriba, quedando gran parte de aquel torrente en la represa que formaba el hielo en la parte más angosta del cañón, haciendo una laguna de varios kilómetros en el río Filón. ¿Cuánto tiempo aguantaría ese dique? Informé de todo a la Central.

Una semana después otra avenida de agua, ahora con iceberg, quedando atrapado en la represa. Pasaba el mayor tiempo del día en la Torre, observando.

Tuve suerte, un par de días después, a las 15:00 horas me tocó ver el rompimiento del embalse, espectáculo inolvidable, un estruendo fuertísimo estremeció al casi silencioso bosque, una laguna de más de 10 kilómetros se iba de pronto por una cañada. Inmediatamente notifiqué a la Central, me comuniqué con dificultad por la interferencia a esa hora, pero escucharon mi aviso; dando la alarma a comunidades a miles de kilómetros adelante.

Con esto terminaba mi labor de ese año. El dirigible vendría por mí. Cerrar la Torre, casa y bodega, frenar las hélices. A la civilización con todo y perros. Casi la misma tripulación llegó otra vez.

En casa me recibieron como un héroe, al igual que mis amigos.

Dos días después, emocionado, iba a conocer a la joven a su ciudad (180 kilómetros de distancia). ¿Será bonita?, ni su peso y medidas me quiso dar, prefería que la conociera sin una idea preconcebida. La cita era a las 10:30 horas en la Plaza Azul,

frente a los carteles culturales. Me esperaba con un vestido rosa y el libro número uno de la primera edición que escribimos.

Rasurado al ras, el día anterior fui al peluquero. Yo mismo me desconocí cuando me vi reflejado en un espejo; ropa y calzado nuevos. Además me sentía muy ligero sin la pistola al cinto y los botines térmicos. Leyendo un cartel sobre unas conferencias veo a una joven de perfil. Vestido rosa y con un libro de “Montaña Filón”, no lo podía creer, una auténtica belleza, era algo increíble. Me acerqué, me vio y dije:

—¿Darena?

Corrió hacia mí y me abrazó, diciéndome.

—Estás más guapo que en las fotografías.

—Darena ni en mis noches de insomnio había pensado que existiera alguien tan linda.

Sonrió y me dio el libro (en casa me mostraron uno, pero no quise hojearlo hasta que ella me lo diera), luego fuimos a dar una vuelta y a comer más tarde.

Si en las conversaciones por onda corta me pareció fabulosa, ahora en tercera dimensión sus expresiones, ademanes y sonrisa, era como si la hubiera conocido toda la vida.

Pensamos casarnos, los planes son de volver a la Estación a fines de junio y la luna de miel será una internada en los hielos. Ella me dice:

—Mientras no avise la cigüeña que viene, estaremos allá.

Historia sucedida hace una década en un lejano planeta.

Fantasíarreal

Hay historias inverosímiles, que al enterarse, no se atreve uno a contar, ¿qué caso tendría repetir una necedad? ¿Pero si el acontecimiento lo relata una persona de plena confianza y seriedad?, en mi caso, lo creí por fantástico que parezca y además obtuve su permiso (después de mucha insistencia la convencí) de publicar esa experiencia insólita y con la condición que no usara su verdadero nombre.

Conozco a Patricia desde la adolescencia, lo confieso, me atrae por su belleza, bondad y carácter. En una ocasión le declaré mi amor, pero simplemente me dijo que tenía, por lo pronto, otros proyectos y no fuimos novios. Quedamos como muy buenos amigos; compartimos muchos gustos comunes, literatura, exposiciones culturales, canciones románticas y tangos; cómo sabe de películas, su tesis de Licenciada en Arte fue sobre cine. Ella es demasiado santurróna, muy comprometida en ayudar al prójimo y a cosas de la Iglesia.

Un día ella desapareció. Al principio pensé que había salido en la excursión al Cerro del Cubilete (en años anteriores había participado). Los días y semanas pasaron. Se recurrió a la policía y a un detective privado; éste muy consciente de su labor, entrevistó a familiares, amigos y conocidos, yo le di toda la información que pude.

Siempre estaba pendiente de cualquier noticia sobre ella. A los seis meses de su desaparición, una mañana ya cerca del mediodía sonó mi celular, sentí una gran alegría era Patricia.

—¿Podrías venir por mí?

Estaba en un pueblo a unos 60 kilómetros de distancia, me hablaba de un teléfono público desde la plaza. Salí inmediatamente hacia allá, su tono de voz lo sentí entre alegre y confuso. Estacioné el automóvil y me dirigí a la plaza, ella estaba en el otro extremo, al vernos corrimos a encontrarnos. Nos abrazamos, me besó en la mejilla, luego soltó el llanto.

—¿Estás bien?

Con la voz entrecortada dijo:

—Sí, de salud bien. Pensaba que nunca volvería a verte.

—¿Dónde estabas?

Subimos al automóvil y nos dirigimos a su casa, evitó decirme dónde estuvo, no insistí más en preguntárselo, ya había avisado a su casa que iría hacia allá. Soy distraído y por la alegría de verla no puse atención en su ropa, hasta que en el trayecto la invité a comer a un restaurante en la carretera con sabrosos platillos. Ella aceptó. Le eché una mirada a su vestido, se dio cuenta.

—¿Te parece extraña la moda que uso?

—No, luces como siempre muy linda, pero es diferente.

Traía pantalones y además una falda un poco arriba de las rodillas, ambos del mismo color que formaban parte del mismo conjunto color gris oscuro, una blusa celeste de manga larga, zapatos negros y una bolsa (para colgar al hombro), ahora descansando en una silla. Sentí que me ocultaba algo. Pensé en un secuestro y no quería preguntarle detalles que la hicieran sentirse incómoda, aunque físicamente se veía excelente. Terminamos de comer y nos fuimos a su casa, sus padres y hermanos la esperaban en la puerta, con gran alegría la recibieron.

Al paso de los días nos veíamos seguido, me daba cuenta que algunos de sus hábitos habían cambiado, no participó en la organización de la fiesta patronal de la parroquia, ni en juntas de la Iglesia. No comenté nada sobre eso, pensé que era por cansancio y que se estaba recuperando.

A los dos meses me invitó a tomar un chocolate y me dijo:

—Ya no puedo vivir con el secreto de lo que me pasó, a nadie le he contado la verdad, pero ahora te lo diré, tengo mucha confianza en ti, aunque pensarás que estoy loca.

—Dime lo que te aconteció si lo deseas, quedará entre tú y yo únicamente.

—Escribí la historia incluyendo angustias, tristezas, alegrías y decepciones. Prefiero que te enteres así, leyéndolo, creo que no me atrevería a contártelo. Ya me dirás qué opinas.

Me dio unas hojas engargoladas con pastas azules, con la indicación que lo leyera solo y en mi casa. Más tarde, ya oscuro, en una cómoda butaca empecé a leer la historia. Nunca pensé ni en mis noches de insomnio, algo como lo que ella escribió. Insólito sobre todo que no es aficionada a relatos fantásticos o a películas de Ciencia Ficción.

No sé qué pasó, aquella mañana caminaba por el parque rumbo a la casa, había niebla, entré en ella y al disiparse el vapor, todo era diferente. Una joven unos años menor que yo, con un ademán indicó que la siguiera; sus ropas eran diferentes, el lugar era desconocido para mí, así es que la seguí sin pensar. Entramos a un pasaje comercial, en un rincón se detuvo y me dijo:

—¿Qué te pasa, cómo sales sin la identificación? ¿A qué grupo y sección perteneces?, señalándome un collar y algo semejante a un barrilito que traía colgado; había gran preocupación en sus palabras, contesté inmediatamente.

—Sólo estoy en la pastoral parroquial y en la asociación de arte...

En eso llegaron apresuradamente tres jóvenes y dos chamacas e interrumpieron la plática, alguien dijo:

—Jení ya vienen hacia acá, corramos a mi departamento.

Ella dirigiéndose a mí, agregó:

—Sígueme no tienes identificación.

Desde que la vi sentí cierta empatía con esa joven y sin pensarlo más me fui con ellos. Caminamos a paso rápido por el pasaje comercial, al salir a un callejón avanzamos dos cuadras a plena carrera, hasta llegar al departamento. Estábamos agitados, pasaron varios minutos para serenarnos. Momentos después sentí la mirada de todos ellos sobre mí. Mi nueva amiga habló.

—La encontré en la calle, caminando confiadamente sin la identificación, no sé quién es, sentí deseos de ayudarla, no quiero que sufra; mínimo recibiría una fuerte multa por su descuido. Tu-
vimos suerte, no hay cámaras en ese lugar.

Escuché varios comentarios, desde: esperemos no sea una espía; con razón la ayudaste Jení, parece prima tuya; si es una espía, es la más boba de todas; a quién se le ocurre andar con esa ropa tan llamativa.

Ahora ya tranquilos, observé la ropa de los tres jóvenes y las tres muchachas con más detenimiento, traían una moda rara, incluyendo a Jení, además eran a las únicas personas que había visto, inocentemente pregunté:

—¿Por qué andan vestidos tan extraño?, ¿son de alguna obra de teatro?, me pueden explicar ¿por qué corrimos?

Escuché una carcajada generalizada, Jení fue la única que no se burló, en ese momento sentí que entre ella y yo había algo especial. Uno de ellos me preguntó, en tono cortés:

—¿Pero quién eres?, ¿no traes identificación?, ¿cuál es tu nombre?

Sentí en todos una mirada de desconfianza, excepto en Jení, abrí mi bolsa, saqué la credencial de elector y mi licencia de conducir, y agregué con el mejor tono amigable.

—Me llamo Patricia Rodríguez.

Entregué la credencial al que me preguntó y a Jení la licencia. El joven examinó detenidamente el documento, luego con un tono molesto y fuerte voz dijo:

—No es este un momento de bromas, no acepto que te burles así, te invito a mi casa con la mejor intención, aún a costa de mi propia seguridad y así me pagas —luego viendo a Jení le dijo— trajiste a una soplona.

Arrojó mi credencial al suelo, con violencia. No supe qué hacer, me invadió un sentimiento de coraje y tristeza. Sentí miradas de odio, Jení recogió la credencial del suelo, había un silencio total, se me hizo eterno el tiempo que ella comparaba las identificaciones. Luego agregó viendo a sus amigos:

—¿Y si fuera cierto?

A continuación pasó a los demás las identificaciones, unos reían, un joven, luego de verlas detenidamente habló con voz amable:

—¿Nos permites ver el dinero o monedas que traes?

Les di varias monedas de un peso, de cinco, dos de a 10 y cerca de 300 pesos en billetes de diferentes denominaciones. Se las fueron pasando unos a otros. Jení tomó la bolsa, la puso sobre una mesa y sacó todo lo que traía, teléfono celular, agenda, monedero, rosario en su estuche y lápiz labial. Pensé que estaba secuestrada, rezaba y me brotaron lágrimas, no pude contener el llanto.

—Muchachos, no es mi intención molestar a nadie, me voy a casa.

Jení me dijo que esperara; uno por uno pasó a ver lo que traía en mi bolsa, examinaron con gran extrañeza el boleto de

lotería para el próximo viernes, mis tarjetas de crédito, la agenda. Luego ella preguntó:

—¿En qué día, mes y año estamos?

Ante aquella gente extraña con lágrimas en los ojos contesté, jueves 8 de noviembre de 2007. Jení vino mi lado, me abrazó y dijo:

—No llores, yo te creo, cuenta con mi ayuda en lo que necesites.

Las otras dos chicas vinieron a mi lado y pronunciaron palabras amables, el joven que me insultó dijo:

—Creo que todo es falso. Un tema así ya no sale ni en los programas de televisión por lo choteado. Y si es broma, te felicito, ya imagino el trabajo del disfraz, conseguir las monedas, el viejo teléfono que parece nuevo y hacer los billetes, monedas, tarjetas y boleto de lotería. Eres una artista genial que has convencido a las compañeras, ¿qué pretendes con hacer esto?

Viendo a mis nuevas amigas, pregunté:

—¿Pero qué pasa?, ya quiero ir a casa, como juego de cámara escondida ya fue suficiente.

Jení tomó la palabra.

—Si es cierto lo que dices Patricia, no tienes adónde ir. Si sales sola te atrapan, estás frita sin identificación. Estamos en el año 2103.

—No estoy para bromas, por favor déjenme ir.

Jení agregó:

—Es real lo que te decimos, corrimos porque a esta hora pasan un programa cada mes por televisión y es prácticamente obligación verlo, te pueden preguntar sobre el tema, si te encuentran en la calle te multan.

Me explicaron que lo mejor era verlo, empezaría en unos momentos y dura diez minutos. Acomodaron el sofá al centro y sillas laterales, lo más retirado de la pared, luego no sé que movie-

ron y salió una pantalla muy grande, instantes después apareció una persona a tamaño natural, con gran nitidez, parecía hasta en tercera dimensión la imagen y con una música muy agradable, quedé impresionada. El maestro de ceremonias dijo: “En este quinto año de la Parusía, escucharán el mensaje del Señor desde la ciudad Santa de Jerusalén, como es su costumbre cada primer viernes de mes, palabras de una vida mejor”. Allí vi por primera vez a Nuestro Señor Jesucristo, quedé estupefacta, anonadada. Caminó hacia nosotros y en perfecto español, con voz varonil y clara pronunciación, saludó y agregó: *En verdad, en verdad os digo, yo soy el camino que conduce al Padre*. Reflejaba su rostro bondad y paz, un tenue resplandor rodeaba su ropa blanca, sin pensarlo caí de rodillas. Quedé como en trance. La voz de Jení casi al oído me hizo volver a la realidad: siéntate amiga, no es necesario que te hiques, es una grabación, impactante, pero grabación. Terminó el programa, apagaron la televisión, todos estaban en silencio, dije:

—¿Entonces estamos en la Parusía? ¡Qué alegría vivir en esta época! ¿Vive Él en Jerusalén?

—Me miraron en silencio, el joven que no creía en mi identificación comentó:

—Patricia, la mayoría cree en el Señor y que vive en la ciudad Santa. Nosotros no, es un fraude gigantesco. Está ultra prohibido dudar de eso, te ocasiona muchos problemas. Veo que para ti fue impactante verlo en pantalla, y más si como dices vienes del pasado. El programa no es en vivo, según ellos lo pasan diferido por cuestión de horarios. En realidad es una fantasíaarreal.

—¿Qué es fantasíaarreal?

—Una caricatura, hecha con tecnología de diseño y las imágenes parecen reales, ya verás películas así.

Quedé confundida, el mensaje apegado a los Evangelios, Él muy semejante a infinidad de pinturas y como lo describen en apariciones. Jení dijo:

—Patricia, no tienes a dónde ir, tengo una idea. La señora Graciela es amiga de mi abuelita, vive sola y le falta agilidad para caminar, anda buscando a alguien de confianza que la auxilie. Tú dices si aceptas ese trabajo, vivirías en su casa, la conozco y es muy agradable.

Confusa y asustada como me encontraba, además sin otra opción, dije que sí. Sin perder tiempo mi amiga la llamó por teléfono, para decirle que había conseguido una joven que la ayudaría, al terminar agregó:

—Todo listo, al rato te llevaré.

Sería por mi dejo de tristeza, nervios y comportamiento, que el grupo acabó por creer la historia y prometieron hacerme una identificación, no auténtica, pero si válida para circular libremente por la ciudad y la nación. Me devolvieron mi bolsa y todo su contenido. Una de las jóvenes era de mi estatura y talla, salió con Jení a comprarme ropa adecuada, mientras los otros jóvenes preguntaban pormenores sobre mi época. Antes de una hora, estaban de regreso con ropa nueva y artículos de tocador, apenada por aceptar, Jení dijo:

—Vamos, no te preocupes, recibirás un sueldo, luego me pagas.

En una recámara me cambié, era ropa cómoda, al salir comentaron: “te ves muy linda”. Un joven tomó fotografías, de frente, perfil y cuerpo entero, indicándome que para la próxima semana tendría lista la identificación.

Casi al oscurecer, en un pequeño vehículo nos fuimos a casa de la señora Graciela. En el trayecto Jení trataba de instruirme.

—Al llegar te indicaré cómo funcionan algunos aparatos incluyendo la televisión de semi 3D. Otra cosa, no le digas a doña Graciela que yo no creo en la Parusía, es una creyente total en eso y no salgas a la calle mientras no tengas la identificación.

Llegamos a la casa situada en un apacible barrio. Nos presentaron. Jení me enseñó el funcionamiento de varios aparatos, algunos desconocidos, como el enfriador instantáneo de botellas y alimentos. Anoté su teléfono, al irse me dio un abrazo —estar pendiente de ti—. En ese instante sentí que ella era algo más que una amiga, mi hada protectora en ese extraño lugar.

Mi recámara era cómoda y la señora Graciela era una mujer educada, tratable y nada necia.

Cada noche en un canal retransmitían el mensaje del Señor, doña Graciela lo veía extasiada, yo con agrado la acompañaba. Al finalizar oraba por las personas que aún no creían en Él.

Jení se comunicaba a diario por teléfono. Antes de la semana llegó con su amiga Magi y me dio la identificación con un lindo collar, como si fuera una ceremonia ella misma lo colocó sobre mi cuello y dijo:

—Bienvenida a la libertad.

Al día siguiente salí con Jení al mejor centro comercial de la ciudad, elegante y muy grande. Le pregunté si vendían o alquilaban películas en fantasíaarreal.

—Claro, iremos a un sitio ideal en eso.

Entramos a una gran tienda de películas. En un cubículo con capacidad para dos personas, es posible buscar películas: por título, actor, año o temas. Ella escribió fantasíaarreal y aparecieron listas en ese tipo, me llamó la atención una de Cantinflas, “De Mojado con Retorno” y de Carlos Gardel: “Adiós Muchachos” y “Viejo Smoking”. Conocía todas las películas de ellos, esas nunca se hicieron. Le comenté a Jení que juntaría dinero para comprarlas. Ella vio el precio y agregó:

— Son comprables, deja ordenarlas.

Le dije que no traía dinero, la señora me pagaría al final de mes, ella insistió en llevarlas. Ordenó en el cubículo y al ir a la caja a pagar le dieron el pedido. Como una niña a la cual los Reyes

Magos le dieron una muñeca que camina, así salí yo con las películas. Paseamos, cenamos y luego a casa.

En mi cuarto había televisión y aparato reproductor. Esa noche empecé con la de Cantinflas. Impresionante, idéntico al de muchas cintas, claro, no joven, algo maduro, con muchos chistes y situaciones graciosas, reí mucho, algunos no entendí por ser modismos de esa época; tensión cruzando el río Bravo, en el desierto escondiéndose de la patrulla fronteriza, todo ambientado en los años ochenta del siglo antepasado, aunque no distingo las marcas, los automóviles eran de esas fechas. Creo que he visto todas las de Mario Moreno (hice un ensayo cuando estaba en Arte), pero ésta en vivos colores, sin duda para mí la mejor por su trama y actuación. Nunca tuve la menor sospecha que no fuera el auténtico Cantinflas.

La noche siguiente vi “Adiós Muchachos”, en blanco y negro, semejante a las películas originales, al igual su tema, tierno, triste y alegre. La única diferencia con las originales era su imagen mucho más nítida y un sonido excelente, en ningún momento percibí que los actores no fueran reales y eso que estuve pendiente de la voz, ademanes, sonrisas y actuación.

Al terminar el mes me pagaron. Invité a Jení a salir. Fuimos al parque de diversiones, nos subimos a muchos juegos mecánicos, algunos en verdad terroríficos. Mi amiga no aceptó que le pagara las cosas que me había dado, insistió que lo tomara como regalo, incluyendo el último, un teléfono móvil. Después de cenar me fue a dejar a la casa en su automóvil, no tocamos el tema de la Parusía en todo el día. Esa noche, exhausta por tanto caminar, reír y divertirme con una compañía tan agradable, creo que fue unos de mis mejores días de mi existencia, no vi la película que tenía pendiente.

Al día siguiente, ya repuesta, empecé a ver “Viejo Smoking”, tenía mucha curiosidad de ver a Carlos Gardel a colores.

La vi dos veces seguidas, la película que más me ha gustado en toda mi vida, qué genialidad de tema y excelente en: color, nitidez, sonido e imagen. Fantásiarreal superaba mi imaginación. Si en las anteriores películas por instantes tuve mis dudas sobre la Parusía, idea que rechacé, pensaba venían del Maligno, al ver ésta, mi duda era ahora más allá de lo razonable.

En una salida con Jení al centro comercial, fui a la tienda de las películas, aproveché una promoción y compré cinco de Cantinflas de diferentes años: “El circo”, “Abajo el telón”, “La vuelta al mundo en 80 días”, “El mago”, “Ahí está el detalle”. Seis de Gardel: “Luces de Buenos Aires”, “Melodía de arrabal”, “Tango en Broadway”, “El día que me quieras”, “Cuesta abajo” y “Tango bar”.

Las siguientes semanas fueron de comparar películas originales y en fantásiarreal. Quedé aún más impresionada, no veía diferencia.

Esa semana salí con Jení a cenar, allí le dije mis dudas sobre la Parusía y el sistema de vigilancia, casi tipo la novela de 1984 (le expliqué el tema, no la conocía), que no concordaba con lo que yo imaginaba de la segunda venida del Señor, además en la Iglesia era muy opaco lo que se hablaba de Él. Ella sonriendo dijo:

—Bienvenida al club 14/16. Has despertado.

—¿Qué significa 14/16? —dije intrigada.

Ella me explicó que era una forma de decir no, letra 14 del alfabeto es la N y la O es la 16. Me hizo ver las diferencias entre las primeras apariciones del Señor y cómo se fue adecuando a la situación del momento. Las noticias que comentan de sus milagros son confusas y difíciles de comprobar. Dentro de dos semanas vendrá una nieta y sobrina de doña Graciela, pienso aprovechar esos días y tomar unas vacaciones para que ellas estén más cómodas; le comenté eso a mi amiga e hicimos planes.

Doña Graciela me había insistido que viera los mensajes del Señor, tenía toda la colección de los últimos cinco años, así es que en la televisión grande de la sala empecé a ver su colección. Sentí en momentos que cometía una blasfemia dudando de Él, impactante ver al Señor a tamaño real y su halo de divinidad, pero hice un esfuerzo y logré ver seis programas, cada uno de 10 minutos, tiempo exacto para tener al auditorio en máxima atención, comprendí que las observaciones de Jení eran para tomarse en cuenta. Cómo cambió de las primeras “...nadie va al Padre si no es por mí”, a las últimas, “...Yo los conduzco al Padre”; para así agradar a un grupo de musulmanes que estaban en buenos términos con el orden establecido al creer en Él.

Creo que nunca me adaptaría a esta época, cómo extrañaba mi hogar, amigas y amigos, pero trataba de no deprimirme en mi nueva vida.

Llegaron los días de vacaciones, Jení pasó por mí en su coche y salimos a carretera, le dije:

—Déjame pagar la gasolina.

—¿Gasolina?, se acabó hace años y la sintética es carísima, es solo para aviones, el coche funciona con aire comprimido y lo cargué en casa, suficiente para 200 kilómetros.

—Jení, en mi época nada más a las llantas se les pone aire.

Ella rió y agregó:

—¿Aire a las llantas?, ¿cómo a un juguete de playa?, no puede ser eso, con el tiempo se les saldría o se romperían con un golpe.

—Así es, había que revisar las llantas cada mes y llevar una de refacción —y sin pensarlo pregunté—. ¿Qué tienen ahora las llantas adentro?

—No sé, si supiera qué tienen adentro todas las cosas que funcionan me volvería loca. Mi novio, como te he contado, anda

fuera de la ciudad, cuando vuelva le preguntas. A él le encantan esos temas.

Llegamos a un agradable lugar de aguas termales, pasamos unos días allí. Al volver a la ciudad, hubo una reunión de 14/16 a la que asistí. Nos reunimos 34 personas. Jení me presentó ante los demás diciendo que desperté viendo películas en fantasíaarreal de artistas de los años treinta y cincuenta del siglo antepasado. Me hicieron preguntas sobre qué artistas, nada más dos personas sabían de Cantinflas y de Gardel, entre ellos el de más edad, un hombre de unos 60 años y comentó en un tono amigable:

—Pero criatura, basta ver “Salida de los Obreros de la Fábrica” de los hermanos Lumière a fines del siglo XIX, para darse cuenta que todo es un fraude.

Creo que nada más yo entendí eso y reí del comentario, Jení momentos después me preguntó en voz baja y al oído.

—¿La has visto? ¿Qué tal está?

En la misma forma le dije que sí y duraba 45 segundos, fue la primera película que se filmó en 1895, agregó:

—¡Ah!, cómo sabes cosas.

En la reunión se dijo que las dudas sobre la Parusía aumentaban, pero aún no era momento de actuar libremente, los creadores del fraude controlaban todo el aparato represivo.

Días después Jení me invitó a salir, fuimos a un parque, nunca la había visto con tanta seriedad y dijo:

—Patricia, averigüé sobre ti, hay algo extraño, no sé cómo pero un día volverás a tu tiempo, la historia indica que morirás a edad avanzada en el siglo pasado, tendrás varios hijos e hijas. No creo que te convenga ver esos datos, a mí no me gustaría saber mi futuro y cuándo moriré. Volvió mi novio y le conté todo sobre ti, te quiere conocer. Él cree que el Universo tiende al equilibrio, asegura que hay registros de casos anteriores de situaciones así y los viajeros del tiempo vuelven a su época.

Quedé anonadada, claro, deseaba volver a mi tiempo, pero nunca había tenido una amiga como Jení, con la que me entendiera tan bien, a pesar de la diferencia en conocimientos, dije como presintiendo que un día ya no la volvería a ver.

—Jení, si un día desaparezo, recuerda que te quiero mucho y te extrañaré siempre, siempre.

Nos abrazamos, lloré con esa noticia, ella también.

Un mes después, me levanté con un extraño presentimiento. Jení pasó por mí, quedamos de vernos con su novio (al cual ya lo había conocido y me pareció muy agradable) en un pueblo cercano. Caminábamos por la plaza de ese lugar, cuando sentí que me desvanecía, escuché la voz de Jení que con tono angustioso y fuerte dijo:

—Patricia, Patricia —luego en voz baja, escuché— buen viaje.

Lo último que recuerdo de ese tiempo fue a Jení, con su mano derecha diciéndome adiós.

Aparecí en la plaza donde fuiste por mí. Esa es toda la historia.
¡Aunque Usted No lo Crea!

Sorprendido y estupefacto quedé con el relato. Cambié las pantuflas por zapatos y salí a buscarla con el relato en la mano. Llamé en su casa, salió su mamá, me pasó al jardín y le dije que necesitaba ver a su hija.

—Déjame ver si no se durmió.

—Señora, si es así, despiértela, es importantísimo para mí verla.

Momentos después Patricia salió. La miré fijamente.

—¡Qué historia!, creo todo.

La abracé y le di un beso en la boca.

—Pensé que no me creerías.

Sentados en una banca del jardín platicamos largamente, salió en la conversación que yo no había cenado, me invitó. Platicamos

del siglo XXII de la Parusía. Luego otra vez en el jardín, le dije que estuve siempre muy preocupado por ella, que la amaba y le propuse matrimonio. Aceptó. Me había extrañado mucho y agregé:

—Hay algo que no puse en el relato sobre Jení.

—¿Qué es?

Hizo una larga pausa y dijo:

—Lleva tu apellido.

Una noche inolvidable, pasaba ya de la medianoche, se notaba que ella tenía sueño, le dije.

—Veo que quieres dormirte, me voy con una condición, cuéntame “Viejo Smoking”.

—¡A estas horas!, mira ya no tengo fuerzas, ¿te parece bien un avance?

—Sí, me conformaría con eso.

—Bien, empieza con Jorge Montero (Gardel) en pleno auge y joven en fiestas con su elegante smoking. Pasan los años, él ya de unos 60 años entró en decadencia y vivía en un cuartito, y poco a poco llevó todas sus pertenencias al empeño, como en el tango. Un día, mal vestido, barba de varios días y sin esperanza, lo ve un viejo amigo de juventud, al cual la vida le había sonreído, lo reconoce... Mañana continuará.

—Bien amor, que descanses.

Salí feliz y enamorado de ella.

Al día siguiente la invité a comer a un restaurante, siguió con la continuación de “Viejo Smoking”... el amigo lo rescata de la decadencia en que estaba, le da empleo en una de sus empresas. Al paso de los meses, ya recuperado, pasea por el barrio de su juventud, aún estaba en una vieja pared una madreSelva, se detiene en ella y recuerda a su primer amor, salen escenas en sepia y algo borrosas cuando es joven y está con su novia. En otra escena, en el centro de la ciudad, frente a una tienda de discos se escucha “Madreselva”, una mujer se detiene y recuerda a su primer amor, y sale

la misma escena en sepia con Jorge Montero, al finalizar...*si todos los años, tus flores renacen /¿por qué ya no vuelve mi primer amor?*, brotan del bello rostro de la dama unas lágrimas. Luego en una calle del centro, el destino hace que se encuentren. Qué rostro de alegría hay en los dos.

—¡Qué final!

—No, casi el final, al día siguiente quedan de ir a cenar a un restaurante. Para esa solemne ocasión, él saca su viejo smoking, aún en perfecto estado y dice: como antes. El final es la pareja en el sitio elegante felices ambos y de música de fondo “Caminito”. Si la hubieras visto, ¡qué colores y actuación!

—Ojalá te la hubieras traído, bueno, ¿cómo ibas a saber el momento de volver?, ¿además, funcionaría aquí?

Al terminar de comer, la llevé a su casa, al despedirse me dice:

—Gracias por tus atenciones y sobre todo por creer en la historia, de seguro eres el único en el mundo.

—Juan Guerrero también te creará.

—Ni se la cuentes, si no opina lo mismo me verá como una loca.

La dejé en la puerta de su casa y agregué:

—Eres la persona que más quiero en el Universo, y después de ti a Jení.

Sonrió y agregó:

—No exageres, ni la conociste.

Nos dimos un beso de despedida, me retiraba cuando dice:

—Se me olvidaba, un recuerdo del futuro que me traje sin querer—de su bolso saca una moneda— espero te guste.

Al observarla detenidamente quedo asombrado. En un lado dice “Una Unidad”, en el anverso la imagen de Jesucristo con la leyenda “2098 Año de la Parusía”.

Huésped en Navidad

Diciembre 24, 8:15 horas, salí de un centro comercial, compras de último minuto. Esa mañana fría estaba solo el estacionamiento, una neblina espesa empezaba a disiparse, abrí la puerta del automóvil, una vocecita me dijo:

—Señor, ¿me puede decir en qué siglo estamos?, ¿y en qué año?

Dirijo mi mirada al autor de esa extraña pregunta, era un niño, de unos nueve años, pantalones de pana y una chamarra gruesa y larga lo protegía del frío.

—En el siglo XXI, en el año 2012. Me sorprende que preguntes eso. ¿Qué no lo sabes?

—Señor, vivo en el año de 1951. Me hice amigo de un viajero del tiempo, quería ver cómo era el siglo XXI y qué juguetes había, me trajo hasta esta época; él siguió hacia el futuro, pero vendrá por mí antes de la Nochebuena.

Había tal sinceridad e inocencia en su voz, que hasta parecía real lo que decía. Pensé: “puede ser un niño actor, ganándose su título de fin de curso a costa mía”. Por ser yo un niño en 1951 de esa edad, le dije:

—En qué viajaste, ¿en el Trompo del Tiempo?

—No señor, no es como el de Brick Bradford. Es una máquina pequeña, nadamás para dos personas.

Quedé impresionado por su respuesta; sólo un niño y que leyera tiras cómicas en los periódicos en ese tiempo, sabría ese dato. Lo invité a mi casa hasta que volvieran por él. En el camino me preguntaba si mi automóvil volaba y si habría ya cintos antigravitacionales o cohetes como los de Buck Rogers, se asombró que no hubiera nada de eso.

En casa les pareció simpático y educado, les dio gusto que compartiera la Navidad con nosotros. Desayunó y salimos a visitar jugueterías, por no haber en la ciudad una especial, recorriamos la de los centros comerciales. En el camino le dije:

—Pero si no estás donde te encontré, no podrá llegar la Máquina del Tiempo por ti.

—Sí, sí llegará, traigo esta pulsera rastreadora —al momento me enseñó su muñeca—, además otra idéntica de refacción en un tobillo.

Veía fascinado los juguetes, impresionado por los automóviles a control remoto, le ofrecí regalarle uno.

—Me encantaría, pero muchas gracias, no puedo llevar nada de este tiempo, solamente los recuerdos en la mente.

—Bien, en la casa hay uno, al volver te lo prestaré para que lo conduzcas.

—Señor, no veo pistolas de mixtos, ni soldaditos o vaqueros.

—No, no, eso ya no hay. Hubo una campaña contra juguetes bélicos, rifles y pistolas.

—¿Y ahora cómo juegan a los vaqueros?

—No se juega ahora a los vaqueros, ni con soldaditos.

—Pero señor, ¿no habrá ahora muchos jotos?

—Sí, por desgracia, es lo malo de este tiempo.

Al salir fuimos a una revistería, compré el periódico, el niño me dijo extrañado:

—Casi no hay cuentos.

—Así es, ahora les dicen “cómic”, pero casi se terminaron, la televisión acabó con ellos, ya la gente no quiere leer ni eso.

Comió en la casa, jugó en la tarde con un carrito de control remoto, estaba feliz. Al oscurecer rezó el rosario y acostó al Niño Dios, comentando que en su casa seguían esa costumbre. Apenas empezaba la cena, cuando sonó la pulsera en la muñeca y tobillo.

—Mi amigo ya está por mí.

En el patio de la casa se veía un resplandor. Salimos, ahí estaba la Máquina del Tiempo, diferente a cualquiera que salen en las películas, daba semejanza a un Messerschmitt (aquellos en forma de carlinga de avión, con tres ruedas), pero éste con dos puertas laterales del lado derecho, dos asientos en tándem. El niño se despidió de todos, claro, de mí con mucho cariño. Entró al asiento posterior, nos saludó el viajero del tiempo, hombre de unos 30 años.

Mientras se acomodaba, escuché.

—¿Qué tal te fue?

—Me trataron excelente. Pero fíjate, ya no hay pistolas de mixtos.

Su amigo contestó:

—¡Qué desastre!

Cerró la puerta, dio un giro la Máquina y se desvaneció ante nuestros ojos.

—Quiera Dios llegue con bien a su destino y a tiempo para la Navidad.

Dijo mi esposa:

Al paso de los días, al ver el carrito de control remoto con el que jugó, lo recordaré con cariño, tenía esa simpatía y sencillez, que ahora ya se han perdido.

Justicia ecológica

La nación se había corrompido en forma tal, que era peligrosa e incómoda la convivencia en todos los círculos sociales. La inconformidad fue aumentando de unos pocos a multitudes que exigían justicia y seguridad.

La presión llevó a un nuevo gobierno. Este hizo eco en las voces y dio una solución aplaudida por casi todos. No era ya suficiente la guillotina o la silla eléctrica ante tanta depravación. Las cárceles habían perdido su finalidad de readaptación, estaban saturadas y convertidas en universidades de delincuencia. Se propuso un sistema práctico y ecológico de eliminar a los que hubieran efectuado actos infames o fueran reincidentes.

El gran público los bautizó como “Los Rodillos de la Muerte”, aunque su nombre oficial era “Sistema de Justicia Ecológica”. Describiré brevemente en qué consistían. Dos rodillos industriales, tipo de los usados en ingenios azucareros o productoras de papel. Con la diferencia que sobre ellos estaba un gran embudo de un diámetro de 10 metros y 7 metros de profundidad, los malhechores eran transportados en una banda sin fin de piso de hule que corría entre altas paredes y arrojados al embudo.

Construida en un paraje solitario entre la selva. Los rodillos quedaban a 3 metros de una plataforma de concreto, con declive y ligera forma acanalada, la cual se alargaba 5 metros para terminar en un río que mantiene el nivel de su caudal casi igual todo el

año. Los restos de esos malvados servían de comida a los animales del bosque y por ser un lugar lluvioso, los fuertes chubascos arrastraban los residuos al río para felicidad de los habitantes acuáticos.

Han pasado ya varios años de todo eso, la nación se compuso y marchó de maravillas. Ahora las nuevas generaciones poco a poco han ido olvidando ese sistema, y últimamente hijos y nietos de los que crearon y aplaudían “Justicia ecológica” lo critican. El colmo es la aparición de media docena de libros con títulos únicamente para lograr ventas: “Escapé de los rodillos de la muerte”, “Fuga a medianoche” y “Cómo burlé a la muerte”.

Lo curioso es que no hay un solo libro o artículo que contradiga a esos pasquines, escritos en forma tan burda que se contradicen entre ellos. Ante tanta mentira diré la verdad, tengo la autoridad suficiente; trabajé en los 5 años en que “Justicia ecológica” estuvo activa, como jefe de mantenimiento de la maquinaria.

Hay varios mitos que a fuerza de repetirlos intentan hacerlos verdad:

1. A juicio de los guardias, los rodillos los ponían a baja velocidad para escuchar los gritos desgarradores cuando los prisioneros eran aplastados poco a poco. Vil mentira, no había forma de controlar el giro de los rodillos. Sus potentes motores eléctricos tenían una sola velocidad, 700 revoluciones por minuto.

2. En la noche les encantaba a los guardias dejar a los prisioneros atrapados por los rodillos y hacían apuestas de cual se moriría primero. Falso. Las instalaciones no tenían luz, se trabajaba en las mañanas o cuando más tarde hasta las 16:00 horas. Se trataba de dejar todo lo más limpio posible, para usarlo la semana siguiente. A las 18:00 horas salía todo el personal, quedando todo en silencio y a oscuras, para dar oportunidad que los

animales efectuaran su labor. Solo dos vigilantes quedaban en las instalaciones y respetando la naturaleza.

3. Cuando les tocaba el turno de masacrar mujeres, había unas orgías fenomenales. Falso, las pocas veces que tocaba ajusticiar mujeres, iban vigilantes del mismo sexo. El régimen quería volver al respeto de las mujeres, impensable que se cometiera un exceso, incluso se les dejaba el cabello corto, a diferencia de los hombres que iban rapados.

4. Se dan cifras de millones masacrados en los rodillos. Falso, cuando mucho tres mil en una semana. Se dejaba descansar las instalaciones de siete a diez días, para que los animales de la selva hicieran su labor. Tigres, jabalís, coyotes, lobos; luego pájaros y al final los insectos, miles de ellos daban fin a las últimas muestras, aparte de los que caían al río, en esa época creció el número de habitantes acuáticos. La cifra máxima fue de 90,000 ajusticiados en un año.

5. Ahora saben que huyeron más de un centenar de prisioneros, aprovechando motines. Mentira. Nunca hubo intento de fuga masiva; secuestradores, matones, violadores, asesinos en serie, pedófilos y demás ralea, cuando estaban en desventaja se comportaban como mansos corderos. Algunos problemas individuales con guerrilleros y exagerados de sectas musulmanas, pero eran pronto sometidos y puestos en la cadena sin fin.

6. Relato de escape aprovechando la chamarra para deslizarse por un cable y luego ésta usada para brincar el alambre de púas. Falso. El clima es de caliente a templado, todos sin excepción llevaban un uniforme verde con rallas negras, hecho de fibras vegetales de poca duración e inofensivas para los animales.

7. Fuga, escondido debajo del propio camión de transportes de prisioneros aprovechando el descuido de los guardias al escuchar los alaridos brutales de los prisioneros al ser aplastados por los rodillos. Falso, en los últimos 10 kilómetros la única forma

de llegar a las instalaciones situadas entre la selva, casi impenetrable era por un tren de vía angosta (0.75 metros), al llegar a la estación, se cerraban las puertas de malla de acero de todo el complejo, abrían la puerta del primer vagón y cuando estaba vacío los prisioneros avanzaban hacia la banda transportadora de dos velocidades (en la rápida no era posible ganarle corriendo en contra), abrían la puerta del siguiente vagón, así hasta dejar vacíos los ocho vagones enrejados y cada uno con capacidad de cien prisioneros. Los que caían en los rodillos, no tenían tiempo de gritar y aunque así fuera, difícil escuchar un alarido salido desde el fondo del embudo y ahogado por el ruido del motor y rechinar de la maquinaria.

Próximamente habrá elecciones, si gana el partido Orden y Justicia, como es seguro que pase; se tiene pensado rehabilitar el tren y vía, modificar los vagones a una capacidad de setenta pasajeros en asientos cómodos. Volver a restaurar y pintar las instalaciones, arreglar o sustituir el motor diesel que mueve el generador y éste los motores eléctricos de los rodillos y banda sin-fín, para volver a funcionar como en sus mejores días. Hacer de eso un sitio turístico, con baños y restaurantes; semejante a la visita a una antigua pirámide de sacrificios humanos.

Ojalá se efectúen estos planes, servirán de ejemplo a nuevas generaciones y dará trabajo a muchas personas, prácticamente la vía se hará de nuevo, la selva se la acabó en 25 años. Además, quedarían listas, para en caso que se volviera a descomponer el orden en la nación.

La diadema

Era mi cumpleaños, alguien llevó a casa un regalo, no indicaba quién lo mandó; quité el moño y la envoltura de colores, era una caja pequeña de madera, adentro una diadema, parecía de plástico: algo gruesa, color crema. Las instrucciones decían:

“Cada diadema es para uso exclusivo e individual, sólo hay unas cuantas en el mundo. La primera vez que la use y para mejores resultados, deberá tenerla puesta cinco horas seguidas y estar despierto, de preferencia solo o al menos que no haya nadie a 5 metros a la redonda. Así se acoplará a usted y quedará lista para uso posterior. Descubrirá su sorprendente poder, al tenerla puesta al menos a una distancia de 4 a 5 metros de otra persona, tendrá una sensación nunca antes sentida, se lo garantizamos, no se arrepentirá”.

Me pareció tan extraña esa superstición, pensé: “Bien, mañana iré al rancho de 8:00 a 13:00 horas y estaré solo, oportunidad propicia para ponerme la diadema según instrucciones”.

Al día siguiente temprano ya estaba allá, provisionado de dos revistas y un libro. Por primera vez la tocaba, era liviana, la puse sobre mi cabeza. Luego de unas actividades y caminar un rato —el día estaba fresco—, puse la hamaca y comencé a leer. Pensaba que sería incómodo tener ese adorno, pero para mi sorpresa, no sentí ninguna molestia. Sin sentirlo, pasaron cinco horas.

Me disponía a volver, quité la hamaca. Recordé que era el penúltimo día para hacer unos pagos en la oficina fiscal, y de no muy buena gana me dirigí allá, afortunadamente tenía los papeles en el vehículo. Metí la diadema en su caja.

Dejé el automóvil en el estacionamiento, bajé los papeles, un libro y la diadema, no quería perderla en un robo. Tomé turno, había catorce personas antes de mí, iba a empezar a leer el libro cuando recordé las instrucciones: "... descubrirás su poder al tenerla puesta a menos de 5 metros de otra persona". En la sala de espera había más de veinte personas y a menos de 4 metros de mí. Eché una ojeada, no vi a nadie conocido, con suma discreción me puse la diadema, por curiosidad haría la prueba de esa broma.

¡Quedé asombrado!, el pensamiento de cada uno de los que se encontraban allí lo escuchaba en mi mente. Un vocerío retumbaba en mi cabeza: ...estos idiotas están muy lentos / ...en la tarde al consultorio / ...espero me alcance con lo que traigo / ...ojalá me pudiera acostar con la cajera de cabello castaño / ...espero poder alcanzar pagar el agua el día de hoy / ...si no me paga hoy le miento la madre y lo demando / ...

A diferencia de cuando escuchamos voces, estas ideas llegaban hasta el fondo de mi mente, como una sucesión de pensamientos, semejante a ver pasar cientos de vehículos con rapidez en una avenida, en el que uno ya no alcanza a registrar marcas y formas, apenas podrá ver los colores.

Era demasiado para mí, con un "ay, ay, ugg", me acurruqué en el asiento, quitándome la diadema. De buena gana hubiera durado un rato así, reponiéndome, pero unas voces me decían:

—Señor, señor, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, sí, ya estoy mejor, gracias.

Un par de minutos más y acabo con un *surmenage* severo. Salí de allí, otro día volvería a pagar aunque fuera con recargos. Guardé la diadema en su caja y me fui a casa.

Por más que intenté saber quién me regaló ese artefacto extrañísimo, no lo he averiguado.

Pasaron los meses, la diadema está guardada en la caja fuerte, me cansé de enterarme de pensamientos obscenos, horribles, tristes, problemas de realismo maniático, enfermedades, infidelidades, fraudes.... No estoy capacitado para usarla.

Dos años después estando en un centro comercial, vi a una atractiva dama y traía puesta una diadema similar a la mía. Me acerqué a ella a menos de 4 metros, aprovechando que observaba un aparador, en mi pensamiento dije como una fantasía: “Estimada dama, está usted preciosa, yo tengo una diadema igual; sería un honor para mí tener una amiga como usted, le juro que tengo años de no ver una mujer tan bonita”. Ella siguió viendo el aparador sin inmutarse; me retiré de allí y me fui a una librería. Pensé: “es de mentiritas la diadema, ¿qué me hubiera dicho si fuera real?”, en un pasillo curioseaba los títulos, cuando oí una agradable voz.

—Caballero, ¿sabe?, usted me cae bien; es educado y sus pensamientos son sanos, me encantaría que fuera mi amigo.

No sé cómo no caí desmayado ante esa belleza. Media hora después comíamos en un restaurante. Ella me dijo:

—Me interesa una amistad sin trucos —al momento que se quitaba la diadema, y sonriendo agregó—: así estamos iguales, además seré sincera, ya no aguantaba escuchar tantas obscenidades, vulgaridades, enfermedades, preocupaciones y angustias. ¿Y usted cómo consiguió una diadema así?

—Un regalo, pero nunca he sabido quién me lo dio. La tengo guardada en la caja fuerte, no pude domarla, además por ser un atuendo de mujer, pocas veces me atrevo a ponérmela. Admiro su control para usarla. ¿Usted cómo la obtuvo?

—Es un caso similar al suyo, un regalo misterioso, de vez en cuando salgo con ella, pero es aterrador.

Conversamos agradablemente. En verdad era muy bella, estaba ya hipnotizado por su simpatía y ademanes femeninos. Hablamos de viajes... de Sudamérica y los deseos que teníamos ambos de ir. Sin pensarlo dije:

—Sería fabuloso ir con usted.

Contestó:

—Déjeme ponerme la diadema, para ver qué países y lugares desea visitar.

Al momento que intentaba sacar de su bolsa el artefacto, al ver aquella maniobra, con suavidad puse mi mano sobre la de ella y dije:

—No, no haga eso, que no se lesione nuestra bella amistad que está empezando.

Con una mirada y sonrisa picaresca dijo:

—¿No quiere que averigüe a qué naciones desea ir?

Creo que ella, con la práctica que tiene no necesita la diadema para saber mis pensamientos.

Nuestra amistad ha seguido. No hemos descubierto quién nos mandó esos regalos, ni alguien que tenga uno similar. Nunca hemos usado la diadema al mismo tiempo cuando estamos juntos.

La Mula

Había ido por unos postes de madera para cerca de púas, al volver tomé un atajo, me ahorraría una docena de kilómetros; el problema era que de los 8 kilómetros, 3 eran un camino infame de piedras, al ir sobre éste una camioneta de la que no supe distinguir su marca me rebasó, dije: “¡Qué bárbaro!, ¡qué castigo para la suspensión!”

Salí del paso pedregoso, la camioneta estaba parada, casi la alcanzo, dos personas iban en ella, arrancó. Un poco más adelante, el camino se dividía: el lado derecho muy lodoso, el otro más alto, seco. Para mi sorpresa el vehículo tomó el camino lodoso, pensé: “algunos muchachos jugando”. Avanzaba la camioneta lentamente, me fui a su lado, viendo aquella “hazaña” en un lodazal pesado y de unos 60 metros de largo. Faltarían unos 5 metros para la tierra seca y se detuvo, las ruedas giraban pero estaba atascada hasta los ejes.

Atajo solitario, me detuve y les ofrecí ayuda, cosa que me agradecieron. Amarramos un cable y con mi vehículo los remolqué hasta la parte seca. Me dieron las gracias. Pude observarla de cerca, no indicaba la marca en ningún lado, ni era de doble tracción. Sobre las puertas tenía unas cubiertas rectangulares negras, tratando de disimular los marcos ovalados. La pregunta obligada ante aquella rareza, color negro mate fue:

—¿Qué marca es?

Los dos hombres, mayores de 40 años me miraron, el que conducía dijo:

—Es la Mula de Pruebas de un vehículo que pensamos sacar a la venta. Aunque conectamos el diferencial en bloqueo (las dos ruedas traseras giran a la misma velocidad), el fango fue demasiado.

Ese suceso fue el principio de una amistad, eran el dueño del proyecto y el ingeniero de producción. Me hice asiduo visitante de la pequeña fábrica donde hacían la Práctica. Supe que las puertas ovaladas eran por economía en costos; las manijas y bisagras se instalaban después. Quedé enamorado de la camioneta. Me inscribí en la lista de espera, tocándome el número 19.

Todo iba bien, no daban problemas los once ejemplares entregados. Una turbulencia financiera a nivel mundial afectó el futuro de la empresa, algunas partes de importación subieron de precio y tenían dificultades para encargar ciertos componentes. Todo esto hizo que fuera el fin de la empresa.

A pesar de los problemas, los encargos no se cancelaron, las personas esperaban con ansias su ejemplar, la producción siguió hasta agotar bastidores y carrocerías, se lograron terminar dieciocho Prácticas. Triste me puse al enterarme que mi pedido no se surtiría. El dueño me dijo:

—Lo siento mucho, eres como de la familia, con tantas visitas y cariño que le has tomado a las camionetas. Lo único que puedo hacer es venderte y a un precio razonable la Mula; propongo arreglarla y dejarla como nueva.

La fábrica prácticamente ya había cerrado sus puertas, la solitaria Mula en el amplio local fue tratada con todo cariño, pasó a una revisión total. Cambio de amortiguadores, resortes, terminales de dirección, revisión de la transmisión y diferencial, llantas nuevas. La carrocería fue arreglada de golpes en dos polveras, arañazos de ramas y las huellas de piedras en caminos infames. El

lúgubre color negro mate y maltratado, fue cambiado a un color crema. El motor era el mismo, siempre lo trataron bien y con los mejores aceites, claro, se revisaron soportes y mangueras. El día que fui por mi Práctica, juraría que era nueva o la pieza más valiosa de un Museo de Vehículos; su pintura brillaba, lucía el logotipo de la marca al frente, en las copas de las ruedas, incluyendo la refacción, en la puerta de la caja de carga y en el volante, ¡qué diferencia, cuando la conocí! Testigo de su pasado era el odómetro, que indicaba 32,300 kilómetros. El único detalle diferente a la producción final era el parabrisas, estaba dentro de un fuerte marco con bisagras en la parte superior y podía abrirse unos grados hacia delante, tipo los vehículos de los años 30. Idea que se desechó, con el aire acondicionado era poco útil; además en el uso diario, cuando se abría el parabrisas (sin duda por las formas redondeadas de la carrocería) a 60 KPH o más, el viento que entraba pegaba en los ojos. Cuando el ingeniero me entregó la camioneta dijo:

—Fue construida dos veces.

Han pasado 10 años, su motor 2.3 litros de seis cilindros sigue funcionando perfectamente. Sus días de Mula de Pruebas ya pasaron a la historia. Ahora ya jubilada, la trato con gran cariño y la conservo igual que cuando me la entregaron.

Se inauguró el Club Propietarios de Prácticas. Al inscribirse, había que poner el número del vehículo. Yo con orgullo puse el nombre que viene en lugar del número de serie: Prototipo.

Movimiento Continuo

Desde niño escuché la historia de don Cayetano (amigo de papá), sobre una “puerta” que se abría puntualmente cada 2 años y que conducía a un sitio desconocido. Él aseguraba que había entrado allí y permanecido varias horas. Estaba situada en un sitio apartado y solitario, entre la serranía. Del rancho de papá estaría a menos de tres horas de camino.

A la edad de 17 años, después de mucho insistirle a don Cayetano, accedió a llevarme a ese sitio y precisamente en la fecha en que se abriría el pasadizo, que duraba menos de 24 horas. La salida fue un día de verano. El andar fue lento, mochila, cantimplora, lámparas, machete; además de chamarra y gorra, la serranía es fría al oscurecer.

Mi emoción era grande, seguimos veredas y pasos peligrosos al borde del precipicio. Dos horas después entrábamos a un sendero semejante a un laberinto de rocas, don Cayetano conocía muy bien la ruta.

Por fin frente a la “puerta”, cuántas veces había soñado estar allí. Entró él primero, lo seguí por aquel camino angosto e iluminado con leve resplandor.

—Ya estamos en el otro lado —exclamó don Cayetano.

Eran las 9:34 horas. Al principio me pareció una broma, el lugar era similar al que acabábamos de pasar. Conforme avanzábamos, la vegetación era mucho más verde, de vez en cuando se

veían árboles mucho más altos, creo nunca había visto unos así. Soplaban el viento, a lo lejos se escuchaba un sonido de campanas, le comenté a don Cayetano si lo había escuchado y dijo:

—Hace años también lo escuché y no me animé a ir a conocer el origen.

Había un montículo, subimos y desde allí con los binoculares observamos unas construcciones como a 4 kilómetros de distancia; antes de eso había un bosque. Convencí a don Cayetano de ir, con poco entusiasmo accedió, según él, había señales de lluvia.

Los 4 kilómetros que calculamos, se hicieron 6 o más, seguimos las veredas y luego buscamos lugares adecuados para cruzar pequeños arroyos en los que abundan peces, algunos de casi un metro de largo. También había plátanos y árboles frutales, pensé: “si nos quedáramos, de hambre no moriríamos”. Mi emoción aumentaba conforme nos acercábamos al origen armonioso del sonido, el cual a veces cesaba y había gran silencio. La brújula de poco servía, no marcaba con precisión. A las 13:00 horas comimos en un pequeño claro del bosque, al salir de éste vimos las construcciones, estábamos a unos 400 metros de ellas, el terreno era de arbustos y matorrales.

El cielo cada vez estaba más nublado. Observamos con los binoculares y descubrimos el origen del sonido, un enorme arco y suspendido de éste por un cable, quedaba un artefacto semejante a esas campanas de origen oriental para alejar los malos espíritus que suenan con el viento, pero este en tamaño súper gigante; el fuerte viento zarandeaba el artefacto y el péndulo oscilaba, el disco superior golpeaba los tubos musicales, produciendo un sonido agradable que se escuchaba a varios kilómetros. A unos 30 metros se veía un edificio alto con vías en espiral que cubrían el exterior y se distinguía un trenecito. Había más edificaciones.

Apenas caminamos 30 metros por entre los matorrales y se desató una lluvia torrencial, el agua se encharcaba. Don Cayetano

me señaló el reloj, 14:30 horas y me hizo señas de retornar, el chubasco impedía escuchar palabras. Ante la dificultad de avanzar y el temor que se cerrara el pasadizo, no quedó mas remedio que regresar.

El caminar entre lodo fue más lento, además la incomodidad de haber sumergido las botas en los arroyos ante aquella tormenta, ya no dábamos pasos adecuados.

Cerca de las 19:00 horas llegamos a la “puerta”, el ligero resplandor indicaba que seguía la comunicación. Eché la última mirada a ese mundo y entramos al pasadizo. Unos cuantos pasos y de vuelta a nuestra dimensión. ¡Qué sorpresa!, ni rastro de lluvia. Se veía la bóveda del firmamento sin ninguna nube. Don Cayetano optó por buscar un refugio y quedarnos a dormir, era peligroso avanzar por el borde del desfiladero en la noche. Lo primero fue quitarnos las botas y calcetines. Con lumbre hicimos una cena rica y caliente . Dormí profundamente.

Temprano salimos al rancho. Terminó la aventura, volví a casa. Don Cayetano me dijo que guardara el secreto, de no ser así, se vería aquello invadido de personas. Le prometí no decir nada. Quedé con deseos de regresar, llegar antes que se abriera el pasadizo y así tener más tiempo de explorar.

No tuve oportunidad de volver. Estudio, amigos y ocupaciones impidieron hacer esa excursión. Entré a la Universidad, terminé mis estudios, conocí a una hermosa muchacha de la cual me enamoré profundamente e hizo olvidarme de campanas y trenecitos. Después de siete meses de novios, ya con planes para casarnos, vino el rompimiento por parte de ella. Para colmo, una semana después andaba con otro tipo vulgar y bueno para nada.

En aquel estado de depresión en que me encontraba, vino como idea salvadora volver a ese mundo. Faltaban tres meses para que se abriera la puerta. Me preparé visitando al dentista, leyendo manuales de supervivencia y empezar a juntar lo más

indispensable para pasar allá 2 años, no podría llevar muchas cosas. Me separé de amigos, pasaba mucho tiempo en el rancho y caminaba dos o tres veces por semana a la “puerta”, siempre llevando algo para dejar allá, latas, tienda de campaña, jabones, hacha, arpón, anzuelos, libros, etc.

Hice una carretilla angosta y liviana con canasta de mimbre. La llevé desarmada en dos viajes. El día esperado se acercaba. A don Cayetano le dije que me daría una vuelta al “otro lado”, no especificando cuando volvería, me aconsejó prudencia.

Llegó el día esperado, desde la tarde anterior estaba esperando que se abriera el pasadizo, lo que ocurrió puntualmente. Uf, ¡qué gran ayuda la carretilla!, me simplificó mucho el traslado de objetos. Varios viajes y listo.

Quedé solo en aquel mundo. Ahora a buscar donde habitar. Con lo más indispensable en la carretilla me alejé de la “puerta”.

No quise instalarme bajo la protección de las construcciones, si el sonido aún aquí era fuerte, ¿cómo sería de cerca?, además es incómodo estar todo el día con tapones en los oídos. Encontré un sitio adecuado en un claro del bosque, unas rocas brindaban protección y hacían una pequeña cueva, los árboles daban sombra; alrededor había suficiente combustible para cocinar y a menos de 20 metros un venero que formaba un arroyo. Allí construí mi hogar. Hice varios viajes por las demás cosas. Estaba a unos 430 metros de las edificaciones; en los siguientes días las visitaría.

Traía una escopeta y tres cajas de cartuchos para defensa. Aunque sólo había visto aves, tortugas, venados, borregos y peces.

Por fin llegué a las edificaciones. Están en un lugar solitario sobre un terreno alto, árido y pedregoso, sin la menor señal de un camino que conduzca allí. Lugar de frecuentes vientos fuertes. Cada edificio tiene varios diagramas en el que se explica detalladamente el móvil que tiene. Intentaré describirlas de Norte a Sur,

primero las campanas, que ahora con cinta de medir, transportador y libro de geometría supe su altura: 110 metros. Seguía un edificio del mismo alto, redondo en forma de faro, su gracia era que alrededor a una altura de 4 metros empezaban unas vías de ferrocarril que rodeaban el edificio, tres trenecitos (la máquina debería medir 70 centímetros) hacían el recorrido cada uno en su espiral y con poca pendiente hasta arriba y luego descender; tres máquinas, cada una con ocho vagones efectuaban el recorrido, cada raíl estaba cubierto por un tubo transparente que lo protegía. Todo esto movido por el viento, dos inmensos cilindros (pintados de colores en espiral) de 20 metros de altura a ambos lados de la torre, cada uno con brazo de soporte en su parte alta, los cuales giran con el viento, ayudados por pequeñas protuberancias en su superficie y generaban electricidad que hacían funcionar los trenecitos. Las paredes eran extremadamente lisas, y a los 4 metros una cornisa; para evitar escalamiento de animales y enredaderas.

La tercera construcción, un gigantesco molino de viento que impulsaba un volante inmenso, por medio de un mecanismo semejante a la cadena de una bicicleta, que al dejar de pedalear sigue girando la rueda. Aunque pararan las aspas por falta de viento, el enorme volante (pesadísimo) seguía funcionando.

Con el viento se accionaban silbatos y cornetas situadas en lo alto de las construcciones, era aquello un lugar de mucho ruido. Sin duda era para alejar animales y aves. Ayudado también por aves mecánicas que movía el viento.

Esto explicaba que al parecer tenían años funcionando solos. No había el menor rastro de visitas, cero basura, exceptuando algunas ramas y hojas movidas por el viento. Fascinado observaba aquellas máquinas de Movimiento Continuo, con energía gratis y sin mantenimiento. Al final de cuentas todo era movido por el Sol, que produce los vientos.

El cuarto artefacto; algo muy simpático, un vagón de una montaña rusa, la parte más baja está a 4 metros del piso, la más alta a 80. Las columnas que sostenían el andamiaje de acero eran también lisas y con cornisas, los silbatos de viento estaban presentes. En la parte de abajo un detallado diagrama de su funcionamiento: una hélice de varias aspas producía electricidad, además de un cilindro semejante al del edificio del trenecito accionaban un motor y éste movía una cadena, mecanismo que subía el vagón a la “montaña”; de allí el carrito bajaba por gravedad y efectuaba su recorrido hasta volver al sitio, en que otra vez lo enganchaba la cadena impulsora de la pendiente, para volver a repetir el ciclo. Impresionante ver el funcionamiento, dos minutos era el recorrido del punto máximo hasta el inicio. La subida dependía del viento, si éste cesaba se quedaba el vagón a media pendiente, al volver subía y efectuaba su ciclo. Como en el artefacto anterior, las aspas miraban al Este ya que era el viento dominante. Había un mirador techado a unos 5 metros de altura, al que uno podía subir y desde allí observar el funcionamiento en cómodas sillas.

Quinto aparato. Artefacto de auténtico Movimiento Continuo, una rueda con nueve brazos, en el extremo de cada uno de ellos una esfera, el brazo pivotea al girar. Al observar con detenimiento el diagrama, se veía un volante hueco, con compartimientos con canicas y éstas al estar en secciones separadas desbalanceaban la rueda y la tenían en movimiento, además indicaba que los brazos estaban huecos y contenían al parecer mercurio. Como si todo esto fuera poco, al girar enroscaba un resorte en espiral, al llegar a su máxima cuerda, el mecanismo se soltaba y daba un impulso extra y el ciclo seguía. La rueda medía 5 metros de diámetro, aparte estaban los brazos de 1.15 metros y como todos, estaba a 4 metros del suelo. El diagrama lo observé minuciosamente tratando de entender el funcionamiento. Había un detalle que delataba una broma simpática, estaba orientado de tal forma que giraba de Este

a Oeste y situado de perfil al viento del Este y su cara dando al Norte. En caso de que con el tiempo las canicas junto con los brazos con pesas, se acomodaran “perezosamente” de un lado venciendo el impulso del resorte, el viento los sacaría de su modorra. Aún con este truco, es un artefacto muy ingenioso y divertido de observar.

Sexto juego. Esferas retozonas. Un viento ligero soplaba, no suficiente para mover las pesadas campanas, pero sí algunos ingenios. Conforme me acerqué al siguiente juego escuchaba un golpeteo con ritmo. La parte más baja estaba a 4 metros del suelo, como en el caso anterior había una gradería techada a 5 metros para observar cómodamente el funcionamiento. Un elevador vertical con mecanismo eléctrico subía esferas algo más grande que una bola de boliche, al parecer de acero. Una vez arriba las soltaba en un canaleta, éste tenía una bifurcación, la mayoría de las bolas caían en forma vertical de una altura de 10 metros a un círculo marcado, el piso tenía algo de inclinación, rebotaban para caer en otro círculo señalado, así con precisión efectuaban ocho rebotes con orden y al final caían a un canaleta que las conducía al elevador y el ciclo volvía a empezar. Más de treinta esferas esperaban turno para jugar. Al azar algunas tomaban el camino de la bifurcación, un atajo que caía en el segundo rebote, ¿qué pasaría si chocaran?, me vi obligado a quedarme a ver qué sucedería. Media hora después coincidieron, este choque hace que brinquen sin orden interfiriendo en las demás esferas, produciéndose un caos y aumentando el sonido metálico. Era un espectáculo para mí fascinante. Por el idioma no entendí cuánto pesaban las esferas al ver el detallado diagrama, sin duda bastante, pero el viento no las afectaba.

Séptimo juego. El tren del tamaño de un parque de diversiones con cuatro vagones, un recorrido de 100 metros, movido con electricidad por medio del viento con hélices y cilindros, situada

la vía a 4 metros de altura sobre pilares, también con un andamio con bancas para subir y ver mejor el funcionamiento, al pasar frente a uno se acciona el silbato. Algo fascinante ver aquello dar vueltas y vueltas, ¿de qué material estará hecho?

Hay un camino entre una construcción y otra. Muy lejos está de ser un lugar turístico; ni rastro que indique que hubo un comedor, bebederos o servicios sanitarios. He llegado a la conclusión que fueron hechos para un concurso de duración. ¿Cada cuándo vendrán los dueños a verlos?, o ¿el juez a dar el premio?

En las noches oscuras el espectáculo desde mi refugio era impresionante, se iluminaba aquella ciudad del movimiento y las campanas se escuchaban claramente.

Exploré hacia el Este a 8 kilómetros y se llegaba al mar.

Mi dieta consiste en pescado, frutas, legumbres, hongos, tubérculos de rico sabor que descubrí y abundantes nueces en árboles situados en una montaña cercana. Me sentía como un Robinson Crusoe, en mis noches de insomnio deseaba que apareciera una graciosa Viernes. Pero en todo ese tiempo no vi el menor rastro de visitantes. Había días que deseaba se abriera el paso para volver, estaba muy pendiente de la fecha, pero aún faltaba año y medio.

Por más que busqué alrededor de los artefactos, nunca vi rastros de visitas: cero latas, bolsas, botes o cualquier otro vestigio. Claro, yo tampoco dejé en ese sitio sagrado del movimiento nada de basura.

Llegó el invierno, un frío de 8 a 10 grados centígrados se mantenía, era lo normal. Una mañana se presentó un viento del Norte con lluvia y la temperatura bajó a menos 4 grados. En mi refugio, una puerta hecha con ramas y ayudada con unos plásticos me protegían; en el colchón de aire y buenos cobertores pasaba bien esas noches. Había hecho una pequeña cocina al lado,

con un primitivo techo de ramas y ventana, sin vidrio, en dónde podía cocinar en días de lluvia y frío.

Visité los juegos con temperaturas bajo cero. Crucé los 430 metros, con gran parte de hielo, fue de un lento caminar, ayudado de una vara a manera de bastón. La montaña rusa no funcionó, el vagón quedó detenido por el hielo sobre la vía apenas al iniciar el descenso. Las esferas estaban atrapadas en el canaleta. Las cornetas y silbatos cubiertos por hielo, no sonaban. Detenido el tren en sus 100 metros de recorrido, una capa de hielo cubría gran parte de los rieles; tal vez esto impedía buen contacto eléctrico o peligro de descarrilarse y algún dispositivo de seguridad lo detenía.

Ahora comprendía muy bien los cilindros con protuberancias; había cesado el viento del Este, las hélices fijas casi no giraban con el viento del Norte, pero los cilindros sí. Los demás artefactos siguieron funcionando, incluyendo las campanas, con sus carámbanos de hielo.

Volví de los aparatos temblando a paso lento caminando sobre el suelo helado, el viento era fuerte y constante. Entré en mi refugio ¡qué diferencia!, casi no salí en los cuatro días que duró la temperatura bajo cero.

¡Uf!, para felicidad mía subió la temperatura a 18 grados centígrados. Volví a los artefactos. La montaña rusa funcionando como siempre, las esferas retozonas en plena actividad y el tren con sus vagones dando vueltas a su circuito y silbando al paso de la estación. Me dio muchísimo gusto que volviera el movimiento.

Terminó el frío, el bosque volvió a vivir, tortugas y reptiles salieron al campo. Raro que no pasaran más de tres días sin visitar los juegos. Me tocaron periodos de calma chicha, uno duró tres días y medio. Cesaba el ruido inmediatamente. En noches sin luna, extrañaba las luces multicolores de los aparatos. Visité el sitio, sólo dos aparatos estaban en acción: El molino que movía el

enorme volante siempre girando; como también el artefacto de auténtico “Movimiento Continuo”.

Me sentía el dueño del lugar, ningún animal me molestaba, excepto algunos mosquitos. No me temían los venados y borregos, si estaban en mi camino huían. De vez en cuando observaba lobos pequeños, pero nunca me molestaron. Con las lluvias creció el pasto, fui a visitar el sitio donde surgiría el pasadizo (de vez en cuando iba), al regresar vi unos rinocerontes con su cuerno, no grandes, pero corpulentos, tendría que cruzar el llano por donde estaban antes de entrar al bosque. Se me ocurrió cortar dos arbustos, y con uno en cada mano avanzar lentamente con la idea de que me vieran muy grande. No en línea recta, tratando de evadirlos si coincidíamos, dio resultado. Me miraron como algo extraño y siguieron pastando. Vi esa manada de ocho miembros varias veces, aunque no cerca de los juegos, ¿que interés tendría para ellos escuchar ruidos?, en un lugar árido y sin pastos.

Llegó otro invierno y a sufrir de vuelta, aunque éste no tan frío y estaba más animado por acercarse el momento de partir.

Por fin llegó la fecha, ese día me rasuré, a diferencia de otros que con tijeras me cortaba la barba y cabello. Con temor me dirigí al pasadizo, con mi mochila y escopeta (que afortunadamente nunca usé), dejé lo demás guardado y protegido en mi refugio.

¡Uf!, cesaron las angustias, el paso estaba abierto, por última vez dirigí mi rostro hacia donde estaban los aparatos y a modo de despedirme exclamé:

—¡Que sigan funcionando eternamente!

Al verme llegar al rancho, don Cayetano me vio sorprendido, pensaba que nunca volvería, me dijo:

—Qué tal allá.

—Sin comodidades, pero sitio fabuloso.

Mis padres me recibieron con gran gozo, creían que había muerto en la serranía, en una de tantas excursiones que efectué durante mi preparación. En casa cuántas comodidades: agua caliente, luz eléctrica las 24 horas, ropa limpia y comida rica y variada. Amigos y familiares me preguntaban: ¿en dónde has estado?, simplemente les contestaba: “Fuera del país, en Sudamérica”; “sufrí una abducción”.

Post Scriptum:

Conseguí trabajo, ando con una chica linda, educada y de buenos sentimientos (eso espero, no deseo otros dos años allá jugando al Robinson Crusoe) estoy feliz, aunque extraño aquellos aparatos.

Tal vez haga una excursión dentro de año y medio. Dormir frente al pasadizo, tan pronto se abra entrar, visitarlos y volver. ¿Seguirán todos funcionando?

Patito feo

Boletos de lotería, rifas de casas y automóviles y no sé en cuántos juegos más he participado y lo sigo haciendo. A no ser por algunos reintegros, no había obtenido más.

En la plaza ofrecían boletos para una obra benéfica: dos casas y 30 vehículos, algunos de diferente marca. Vi uno con mi número favorito y sin pensarlo más lo compré, escribí los datos en el talonario y lo guardé en la bolsa de la camisa. Como tuve un día agitado, lo dejé junto con otros de diferentes rifas en el cajón del escritorio. Al mes recibí una llamada.

—...Señor, obtuvo usted el premio número 29 de la rifa de Acción Benéfica, dentro de 8 días puede pasar a recogerlo...

Estaba feliz, al fin me había sacado un automóvil. Corrí hacia el cajón (no sabía ni qué marcas habían rifado) y observé el boleto. Mi entusiasmo decayó, era el Varten y para colmo el modelo Gran Confort, era casi final de año, vehículo ya discontinuado y ese modelo precisamente con pésima reputación. Al cerrar la fábrica, las agencias remataban los últimos vehículos a precios de ganga. Pero bueno, al fin había sacado un premio grande.

Llegó el día de recoger el automóvil. Muchas caras felices, excepto los cuatro agraciados con los Varten Gran Confort, sus rostros, incluyendo el mío era de “¿y ahora?”. Luego de los trámites, recibí las llaves y me dirigí al amplio estacionamiento, el mío era uno celeste, confieso que al verlo me encantó. Varios

vehículos fueron vendidos allí mismo, pero ningún coyote hizo la más mínima oferta por los premios del 29 al 32. Media hora después en el estacionamiento solamente quedaban los Gran Comfort, ninguno arrancó, las baterías viejas y de mala calidad no tenían fuerza. El hijo de uno de los ganadores (fan de los automóviles), trajo su coche y amablemente pasó corriente a todos, el acceso al acumulador es muy fácil en el Varten.

Aún así feliz llegué a casa, lo guardé en el garaje. Sentado en la sala con emoción leí todo el manual de instrucciones. Tengo una colección de revistas de automóviles, busqué toda la información sobre éste. Elogiaban el diseño y su conducción. De su motor cuatro cilindros de 1,400 centímetros cúbicos decían: “Apenas justo y estando sin carga”. En revistas más recientes informaban sobre averías: los problemas en el alternador eran frecuentes, así como los amortiguadores que salieron defectuosos en muchos de este modelo. Me enteré que únicamente se construyeron 458 Gran Comfort. El singular faro en medio de la parrilla que giraba al hacerlo las ruedas, su principal característica a imitación del Tucker 1948, pero en éste duraba lo que una caja de cereal.

Luego de ese diagnóstico me dije: “Bueno, espero que el mío lo hayan hecho muy bien”.

Todo lo que había leído y más le pasó. El faro central funcionó mes y medio. En la que había sido la agencia estrella, le dieron una arreglada que duró ¡veinte días!, el tubo de escape se cayó a los dos meses (falló el soporte). Ya sin una garantía por la desaparición de la fábrica, tuve la suerte de encontrar un taller, bueno y económico, que con cariño trataban mi coche. Allí le cambiaron alternador, bobina y buena parte de cables eléctricos, así como los amortiguadores.

Amigos y familiares me decían: “Deshazte de esa cosa”. Pero no seguí su consejo. Tenía sus cualidades, la lámina era buena y

sus formas redondeadas evitaban la oxidación, así como la posición de manejo y sus asientos eran cómodos.

Diez años después era raro ver un huerfanito circulando (como el mío) en buenas condiciones. Le tomé mucho afecto y lo sacaba a pasear de vez en cuando, su faro giratorio no funcionaba y eso me entristecía. A los 12 años de haber obtenido ese premio, conocí a un ingeniero, que tenía otro Varten igual. Gracias a su ayuda lo arreglé, hubo necesidad de hacer una pieza más resistente y cambiar unos engranes, pero valió la pena el costo, funcionó como siempre debería haber sido, esa noche salí a dar la vuelta y no lo cambiaría ni por uno nuevo con motor V12. Ya tiene 5 años sin fallas.

Al paso de los años, desaparecieron de las calles los Varten Gran Confort, así como los Studebaker, Hudson, De Soto y muchos más.

Con pintura reciente de alta calidad, respetando su color original, luce como nuevo. Cuando salgo a pasear, los jóvenes me preguntan ¿qué marca es?, o si lo hice yo. No es un diseño de Pininfarina o Bertone, pero eso sí, no pasa desapercibido. De vez en cuando salgo en una noche oscura para tener el placer de alumbrar en las curvas con el faro central giratorio, que sigue funcionando a la perfección.

Aquel Patito feo, que nadie deseaba y ahora pocos recuerdan, después de 30 años se convirtió en un Cisne, no hermoso, pero Cisne al fin.

Ráfagas mortales

El pronóstico había indicado una temperatura mínima de 23 grados centígrados, máxima de 31 grados, nubes escasas, viento máximo 12 KPH. Aquel miércoles a las 10:30 horas la población se dedicaba a sus actividades normales.

Ricardo leía en la biblioteca con las ventanas abiertas del segundo piso de su casa. Las campanitas que colgaban en la terraza empezaron a sonar insistentemente y momentos después un huracán sacudió la casa con una fuerza inusual, se escuchaban portazos; papeles revoloteaban en la habitación, se levantó rápidamente a cerrar las ventanas. A lo lejos vio el avance de una enorme tolvanera, así como láminas y ramas volando. Sus hijos y mujer estaban en la planta baja cerrando ventanas, dijo en voz alta:

—Ni se les ocurra salir, hay objetos volando, es como un tornado, nunca había visto esto.

El violento huracán duró 7 minutos, luego poco a poco fue disminuyendo, y antes de las 10:50 horas volvió la calma; silencio en la ciudad, sólo roto por el ulular de bomberos y ambulancias. Más de treinta muertos y más número de heridos causó ese fenómeno, con ráfagas que en algunos sectores superaron los 240 KPH. Electricistas que no soportaron el duro castigo al quedar suspendidos del arnés de seguridad y ser azotados contra el poste; pintores que eran arrojados al suelo junto con la escalera; transeúntes que a manera de una película de terror eran golpea-

dos con láminas y vidrios; camiones acostados sobre automóviles; grandes ventanales arrancados a edificios causando estragos y muerte al caer. Labores inofensivas, como tender ropa, donde de pronto una sábana “tomó vida” y arrojó violentamente a una mujer al suelo pegándose contra una maceta y falleció; avioneta a punto de tomar tierra, sobrevivieron dos de sus cuatro ocupantes, esto y muchos percances más dignos del Ángel de lo Raro, pasó ese fatídico día. El derrumbe de varias torres cortó la electricidad en toda la ciudad. Caos en calles y avenidas, árboles y ramas impedían el paso, anuncios gigantes hechos pedazos, vidrios por doquier.

Al día siguiente en la tarde volvió la electricidad, y poco a poco se fue normalizando la ciudad. Esa noche lo visitó su amigo Luis, hombre culto y con estudios en meteorología. Luego de saludarlo dijo:

—Hay algo extremadamente raro en este huracán, los pronósticos del clima, así como fotos del satélite no muestran la más mínima posibilidad de un vendaval.

—Cosas del ciclo de cambio climático.

—No, no creo. Pienso que se produjo artificialmente.

—Para hacer eso, se necesitaría producir un incendio fenomenal, bombardeo masivo como en Tokio, Dresde o una bomba atómica. Ya sería noticia mundial.

Luis le explicó a Ricardo sus dudas, luego de examinar mapas terrestres y meteorológicos de satélite lo convenció, quedaron de ir a Mina Vieja, poblado situado a 120 kilómetros; según el experto a unos 5 kilómetros de allí se originó el viento en un Valle, él conocía ese rumbo. Ahora no era fácil llegar, aún había árboles tirados que afectaban carreteras secundarias. Les aconsejaban dar un rodeo de más de 250 kilómetros, tomando la autopista para llegar, cosa que Luis no consideró, deseaba ver el curso que siguió ese fenómeno y los estragos que hizo. Planearon irse am-

bos en sus motonetas, para volver el mismo día, había posibilidad de lluvia al anochecer.

La salida fue a las 6:30 horas, cada pequeño vehículo iba cargado con equipo de excursión. En una hora avanzaron 40 kilómetros, ni las motonetas podían pasar en ciertos lugares; con la ayuda de los machetes que llevaban, pudieron abrirse paso entre árboles y ramas. Aún no llegaban las cuadrillas a esa carretera, había mucho qué hacer.

A las 12:20 horas estaban en Mina Vieja, la pequeña población mostraba los efectos del huracán, casas de palma sin techo y no había electricidad. Consiguieron gasolina que echaron a las motonetas por medio de botes. Comieron en un restaurante que resistió al vendaval, y siguieron rumbo al Valle. Para asombro de Luis en el trayecto no vieron árboles derribados.

En el Valle, el silencio fue roto por el ruido de los motores, sólo algunos arbustos pequeños habían sobrevivido al huracán, en un extremo del Valle vieron una casa de material y se dirigieron allá. Un hombre de unos 50 años fue hacia ellos tambaleándose, borracho, con dificultad para hablar les dijo:

—Buenas tardes, me llamo Alfredo. ¿Qué se les ofrece?

Le preguntaron si había visto algo raro el día del huracán, contestó:

—Yo ayudé a hacer ese vendaval, pero les juro por Dios santito —hizo la señal de la cruz con su mano derecha y la besó—, que nunca pensé que fuera tan fuerte.

Alfredo les dijo con voz entrecortada, que ayudó a dos hombres a ese experimento, el plan era hacer vientos controlados para mover generadores de hélice y producir electricidad, pero algo falló. Al preguntarle cómo lo hacían, dio una explicación vaga, sobre obtener energía de la disociación del agua, y decía:

—Supe todo los estragos que hizo por el radio, pero les juro por Dios santito que yo no sabía eso. Nunca hubiera ayudado.

Amenazaba lluvia, Alfredo no sabía más, los hombres dueños del proyecto no han vuelto. Él ayudó a tender alambres en una circunferencia de algo más de 300 metros y conectados a una caseta; y luego según contó, elevaron un globo con gas a 50 metros que conectaba a los alambres del círculo, y después de una hora, empezó el huracán.

Se despidieron del hombre. Fueron a examinar las instalaciones que originó el huracán. De la pequeña caseta quedaban rastros, era como si el 80% de las cosas se hubiera fundido, recorrieron toda la circunferencia, aún quedaban en partes, alambre y uno que otro poste intacto.

En medio de una lluvia torrencial emprendieron el retorno.

Volvieron a la ciudad a las 21:30 horas, empapados, como si hubieran estado nadando.

Al día siguiente en la tarde, ya repuestos del viaje se reunieron, Luis dice:

—¿Crees que hayan descubierto la manera de producir huracanes?

Ricardo contestó:

—Sí, lo creo, pero te juro por Dios santito —hizo la cruz en la mano y la besó— no para contarla más adelante.

Sobreviviente

La camioneta con 4.60 metros de largo, color crema y su caja de carga con piso de madera, recibía los últimos retoques. Era el número 14 del nuevo modelo de la camioneta Ergal 3800 C. Producción en serie, pero cada vehículo, si así lo deseaba el comprador, venía con una placa con su nombre en el tablero y otra similar en el compartimiento del motor.

Luego otras cinco fueron llevadas a los vagones del ferrocarril, irían al país vecino distante 400 kilómetros. Más de 50 modelos de 3800 C esperaban en los patios de la fábrica su traslado por barco a otros países. Era un jueves, último día laboral de la semana, sería un largo fin y principio de semana debido a dos días feriados. A las 16:00 horas partió el tren.

Era yo un niño de 5 años, son recuerdos que uno no olvida. Escuché que mi padre dijo que aquel día lunes, no era día festivo.

—Me acaban de avisar de la agencia que había llegado la camioneta con el color que la pedí. Viajé de la fábrica a aquí 800 kilómetros. Fuimos por ella.

Cuando la vi por primera vez me pareció inmensa, muy bonita y lujosa: traía radio, cintos de seguridad, portavasos, en las puertas tenía compartimiento para mapas. En ella nos fuimos a la casa, mi mamá prendió el radio y se escuchaba excelente, la guardamos en el garaje, quedando al lado del automóvil que ahora lo veía muy chaparrito.

A la mañana siguiente la noticia fue conmovedora, creo que fue la única noticia que recuerdo de mi infancia, un cataclismo sin paralelo había pegado en la madrugada a la ciudad de Villamar. Suceso que aún hoy se recuerda como la mayor tragedia, no por el número de muertos, sino por la desaparición de la totalidad de la zona industrial, incluyendo la fábrica donde había nacido la Ergal; como si se hubiera desmoronado la tierra, desapareciendo en el mar.

Pasaron los años, mi papá me enseñó a manejar en un automóvil, luego en la camioneta, me parecía tan complicada al principio, con tantas velocidades (tenía cinco), aunque una de ellas solamente se usaba para casos de fuerza extrema.

Los camiones y camionetas Ergal se siguieron produciendo en otras fábricas de la compañía, pero el modelo 3800 C nunca volvió a producirse, era el único lugar donde se fabricaban. Las matrices se fueron al mar.

Han pasado más de 50 años de aquel suceso, afortunadamente no hay problema para las refacciones de sus componentes mecánicos para la Ergal 3800 C, a pesar de ser ahora un modelo exclusivo, son idénticos a la 3800 B de la cual aún ahora hay muchas en funcionamiento. Por 20 años estuvo la camioneta de papá muy activa, después salía a pasear cada 15 días o cuando había que llevar algo al rancho. Por más de 40 años durmió en el mismo garaje en que mi padre la estacionó cuando llegó a casa. Un día me la regaló. De todos sus hijos, yo era el que la trataba con mayor esmero y le daba servicio. Tiene su herramienta original, incluyendo pala para una emergencia. La curé de un cáncer que amenazaba destruir la caja de herramientas situada en el lado derecho bajo la caja de carga. He participado con ella en exhibiciones de vehículos antiguos, muchos al verla por primera vez, no saben que existía ese modelo. Su placa, hecha con esmero con el nombre y los dos apellidos de papá, grabada en metal luce en el

tablero al lado del radio como si fuera nueva, al igual a la que está en el compartimiento del motor.

Se tiene noticias de que se salvaron únicamente 8 modelos 3800 C. En su país de origen hay 3 modelos de exhibición que salieron unos días antes del desastre y están en perfecto estado. De las cinco que partieron aquella tarde en el tren, una es la mía. La número 15 era de una distribuidora de llantas, hacía trabajo ligero; hará unos 15 años la compró un aficionado a los vehículos antiguos, la ha restaurado y luce como nueva. La número 16, por años su propietario tenía un próspero taller mecánico, la trató con esmero, ahora la tiene su sobrino y la trata con cariño. La número 17 murió en el pavoroso incendio del Hotel Bor, ni sus restos se pudieron reconocer. De la 18 se perdió la pista.

Por un amigo escuché el rumor que la Ergal perdida se encontraba en el granero de un rancho, entre una serranía. Hice un viaje especial a verla, los moradores me trataron amablemente y me mostraron la unidad. Estaba intacta la cabina y su herramienta, aunque el motor tenía cables y mangueras ruñidas por ratas, llantas casi inexistentes, faltaban algunas de las tablas de la caja de carga. Por estar protegida y en un clima seco, casi no tenía óxido y su color rojo original (algo desteñido) cubría la carrocería. Luego de hablar con la viuda y uno de sus hijos, dijeron que no la querían vender, era un recuerdo de años felices. Comenté que era una lástima que de seguir así se convertiría en nada y ofrecí volver.

Regresé en mi 3800 C recién lavada y encerada. Lucía radiante, no sé si al verla así, menos quisieran venderme la suya. Platicamos largamente, la señora me preguntó si le quitaría la placa con el nombre de su esposo. Mi respuesta fue inmediata y sincera.

—No, no Es un vehículo histórico, ese nombre y placa le da un valor especial, sería inconcebible hacer eso.

Optaron por vendérmela, comprendían que de quedarse allí se haría chatarra.

Ocho meses después de traerla en un camión desde el rancho, volví allí con ella restaurada. Lucía radiante, con sus llantas nuevas tipo original y su pintura roja, su motor seis cilindros quedó de fábrica. Les dio mucho gusto verla como nueva y su placa reluciente con el nombre de su dueño original. Les regalé un álbum con fotos desde que la encontré hasta su restauración total. Estaban encantados de que volviera a vivir.

Ahora soy el único en el mundo que tengo dos Ergal 3800 C y estoy orgulloso de eso.

Historia sucedida hace dos años en un lejano planeta.

Vigilada

Edad 27 años, casada, dos hijos de 6 y 5 años, mi matrimonio funciona bien, pero hay momentos que la rutina me oprime y me voy a una ciudad cercana, distante menos de 200 kilómetros a casa de Silvia, amiga desde la infancia. Ella tiene su propio negocio y en sus ratos libres es psíquica, ha colaborado con la policía en varios casos, ayuda a encontrar personas y objetos perdidos; es soltera y muy atractiva. Siempre insiste que vaya, ya sea con mi esposo, hijos o sola.

En una de las tantas visitas, noté una novedad en la casa, era un día frío, me disponía a bañarme, cerré la ventana, hice un movimiento y sin querer con la toalla apagué la luz, quedando aquello en tinieblas, más oscuro que el cuarto que tenía papá para revelar fotografías cuando era niña. Al volver a accionar el interruptor noté que tenía pintado el vidrio translúcido de forma que impedía el más mínimo resplandor. La puerta y el marco estaban protegidos con una tela en las orillas, no quedaba ni una rendija que iluminara.

No quise hacer ningún comentario sobre eso, pensé que sería algo de su trabajo, pero a la hora de la comida me dijo:

—Me han estado espiando desde hace unos dos meses, no sé si notaste que en los baños pinté las ventanas, ahora en invierno prefiero bañarme en el de las visitas, se calienta más rápido el agua.

—Sí, me di cuenta, hasta el marco de la puerta está reforzado para evitar cualquier entrada de luz. Cuidate Silvia, ya vez que has atrapado malhechores.

—No se trata de eso, un tipo morbosos me espía, sobre todo cuando me baño, ahora me tengo que enjabonar con la luz apagada, al principio batallé, pero ya tengo práctica para hacerlo en tinieblas y salir ya vestida.

Me quedé pensativa y contesté:

—Con cerrar la ventana es suficiente, exageraste las precauciones. Además la ventana del baño de tu recámara está alta y no da a ningún edificio o colina.

—Así es, pero el espía viene en forma de Proyección Astral.

Reí, pensé que era una broma, pero ella contestó seriamente.

—Lo detecto en cuanto llega. Aunque no tengo el poder para descubrir la identidad de un espía en esa forma, siento una presencia masculina y joven. Espero un día saber quién es, y lo mínimo que haré será darle un par de cachetadas. Es muy incómodo que lleguen a observarte a cualquier hora. A veces a la hora de la comida o antes de dormirme, con decirte que me tengo que cambiar en el baño y con la luz apagada. Afortunadamente no puede prolongar su estado Astral más de 4 o 5 minutos, pero no deja de ser incómodo.

—¡Ay Silvia!, nadamás tú puedes detectar eso, ya ni me digas cuántas veces me habrán espiado.

Fuera de eso, pasé el día muy a gusto con mi amiga y al día siguiente volví a casa.

Llegó Navidad, compromisos familiares míos y de ella, nada más por teléfono nos comunicábamos. En enero volví a su hogar; me recibió como siempre, con gran alegría. Claro, después de los saludos, no podía dejar de preguntar por el espía morbosos.

—Me sigue visitando, por bañarme a oscuras, ya no viene a esa hora, acostumbra llegar un poco antes de comer. He descubierto un punto débil y sin querer.

—¿Cuál es?, y ¿cómo lo descubriste?

—Me visitó una mañana, leía el periódico en la sala, una ráfaga de aire hizo sonar las campanas que están a la entrada, eso lo descontroló, alejándose de inmediato. Ahora tengo campanas en el cuarto y en el baño, las cuales ayudo con un ventilador eléctrico, por fin me puedo bañar con la luz prendida —suspendió su plática y me indicó silencio, luego dijo— está aquí.

Ella me presentó como si estuviera él en persona y agregó:

—Ando de buen humor por la visita de mi amiga, de no ser así, enciendo el ventilador —señalando éste que apuntaba hacia unas campanas colgadas del techo.

Permaneció unos 3 minutos y se fue, según indicó Silvia.

Llegó la primavera, mi amiga insistió que fuéramos a su casa, le harían un homenaje y deseaba que la acompañáramos. Dejamos a los niños con mi mamá.

Nos recibió con gran alegría, ese sábado en la noche sería su homenaje. Mi esposo está al tanto del espía morboso y como él cree en Proyecciones Astrales, Yetis, OVNIS y demás rarencias, no le cuesta trabajo entender esa historia.

En el Auditorio Municipal fue el homenaje, unas trescientas personas asistieron, se habló de la trayectoria de Silvia, su sinceridad y deseos de ayudar, lejos de un afán comercial. Muchos aplausos, se le dio la medalla de “Hija Distinguida de la Comunidad”. Gracias a ella se logró hacer justicia en varios crímenes, así como ayudar a encontrar a personas desaparecidas, desde niños hasta adultos extraviados. Ella dio emocionada las gracias. Luego de gran ovación, nos invitaron a pasar a un bonito patio donde se ofrecían unos bocadillos. Entre aquel gentío que se acercaba a

felicitarla, me hizo una seña, como pude me acerqué a ella y me dijo al oído:

— El espía morboso está aquí y en forma corporal, he detectado su presencia. Dile a tu esposo que me ayude a atraparlo, yo le indicaré cuál es, si tengo suerte que se acerque a mí.

Le hice una seña a mi marido: 32 años, hace ejercicio y practica defensa personal; llegó a mi lado y le expliqué todo. Estima mucho a Silvia y como un agente del servicio secreto, se quedó atrás de ella.

En el patio mucha gente seguía felicitándola, desde amigos hasta curiosos que deseaban ver a la famosa psíquica. Media hora después, ya tranquilos, charlábamos con Silvia junto con amigos de ella. Entonces un hombre de unos 30 años, bien parecido, cabello castaño, ojos color café, 1.70 metros de estatura, vestido con elegancia se acercó a ella y dijo:

—La felicito sinceramente, además es para mí la mujer más bella que he conocido en mi vida.

Silvia se turbó, estiró su mano para saludarlo, pero el tipo se puso nervioso y evitó tocarla, caminaba hacia atrás al tiempo que decía:

—Que tenga muy buenas noches, fue un placer haberla conocido.

Mi marido se dio cuenta de eso, con agilidad se puso atrás del hombre, evitando que retrocediera y con voz firme ordenó:

—Por favor salude a la dama.

Tímidamente estiró un poco la mano con miedo de tocarla, ella con rapidez la apretó con su mano izquierda y dijo con voz fuerte y molesta:

—Por fin te atrapé, ¿no te da vergüenza lo que has hecho?

Personas alrededor suspendieron su charla, se hizo un silencio y miraban a Silvia y al tipo. Ella sin soltarlo dijo:

—No hay duda, eres tú.

Y como lo había prometido, le dio una fuerte cachetada. El tipo no se defendió ni trató de huir, se hincó delante de ella y con lágrimas en los ojos dijo:

—Perdóname, es que te amo tiernamente desde el día que te vi en un programa de televisión, no puedo dejar de pensar en ti, mi timidez me impedía hablarte por miedo a un rechazo. Deseé mil veces mandarte una carta para disculparme al saber que me habías descubierto, pero aún protegiéndome con guantes, tenía miedo que me descubrieras. Jugué el riesgo asistiendo, quería verte por un largo rato, no por menos de 5 minutos, esperaba que no me descubrirías, no hay duda, eres excelente.

La mano de Silvia estaba a punto de soltarle otro fuerte sopetón, pero algo hizo que cambiara su actitud. Su voz ahora dulce dijo, al tiempo que con sus manos lo ayudaba a levantarse.

—Bien, bien, levántate, te perdono, te creo.

El tipo confuso pero feliz al mismo tiempo, se levantó y dijo:

—Gracias, gracias.

Y se alejó, un silencio sepulcral había alrededor. Abracé a Silvia diciéndole:

—Uf, ya pasó todo, tranquila. Le diste su merecido.

En unos minutos todo había vuelto a la normalidad. Aunque Silvia se veía aturdida, nunca la había visto así, y eso que por su poder psíquico se ha enterado de cosas horribles y macabras.

Hora y media después nos retiramos, cruzamos el estacionamiento en silencio, varias lágrimas rodaban por sus mejillas. La abracé. En el camino ella dijo:

—Me pasó algo raro, estuve a punto de darle otra cachetada, pero sentí una sinceridad y amor intenso hacia mí, por eso hasta lo ayudé a que se levantara.

Después de contar eso se sintió mejor. Llegamos a su casa, mi marido se retiró a dormir, platicamos ella y yo por un rato en la

sala, fui a la cocina por un vaso de agua, al llegar veo que escribe en una tarjeta, que luego coloca sobre una mesa pequeña que hay en la sala. Nos despedimos y nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, luego del desayuno nos despedimos de ella. Ya partíamos cuando recordé que había dejado un libro que leía en la sala, regresé y sin querer veo la tarjeta sobre la mesa y no puedo dejar de leerla: “Astral, háblame, de preferencia antes de comer”. No hice ningún comentario y salí como si no la hubiera visto.

La rutina, llevar el niño al kinder, enfermedad de mamá, viajes frecuentes de mi marido y otras actividades, me impidieron ir a ver a Silva, aunque nos hablábamos frecuentemente por teléfono. Ella tampoco pudo visitarme.

Por fin tuve una oportunidad en abril y fui a verla, la encontré más contenta que de costumbre y me recibió con la noticia de que ya tenía novio.

Post Scriptum.

Han pasado 5 años desde aquel acontecimiento del día del homenaje. Ahora Silvia es mucho más famosa y nuestra amistad ha seguido, tal vez más ahora que tiene un bebé de 3 años.

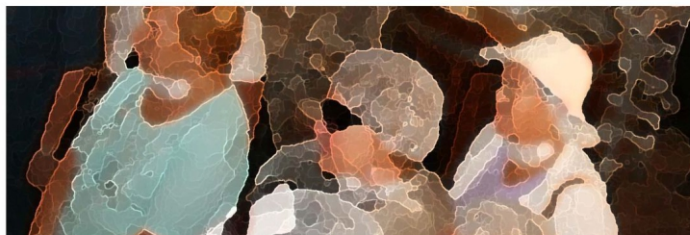
Ya no trabaja sola, cuando tiene un caso difícil, manda a su esposo a investigar, no importa lo lejos que sea. El matrimonio de Silvia con el espía Astral ha resultado muy bien, él ha hecho buena amistad con mi marido.

Índice

3.2 g	9
23 grados	15
Amor garantizado...de por vida	17
Ataque desconocido	21
Delírium Tremens	25
Desenamoramiento	33
Efecto inesperado	39
El colibrí	45
El faro	49
El plato	59
Estación Solitaria	61
Fantásiarreal	71
Huésped en Navidad	87
Justicia ecológica	91
La diadema	95
La mula	99
¿Movimiento continuo?	103
Patito feo	115
Ráfagas mortales	119
Sobreviviente	123
Vigilada	127

Estación Solitaria y 20 cuentos más

Este libro se terminó de imprimir
el 30 de junio de 2012,
se utilizó la fuente Times New Roman.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.



Este es mi sexto libro publicado. Empecé con una novela, *Destruyan a Armonía* (1982). Luego, obras de cuentos: *Mago de Variantes* y *Once Cuentos más* (1991), libro editado en España en 2008. Después, *Suicidio de un Pagano* (1994); *Así fue. Lo demás es puro cuento* (2001); *A Prueba de fallas y 16 Cuentos más* (2007). Los relatos de *Estación Solitaria*, tienen como dicen ahora, el ADN de los anteriores. Son 21 cuentos de aventuras, inventos, amor, mundos paralelos, automóviles, síquicos, etcétera.

Por más de 10 años fui alumno del Taller Literario de la maestra Graciela González Blackaller. Algunos de los cuentos de este libro se leyeron en el Taller. Ella se fue para siempre el año pasado, pero los consejos y su sonrisa al escuchar cuentos extraños, quedaron entre los párrafos de estos relatos.